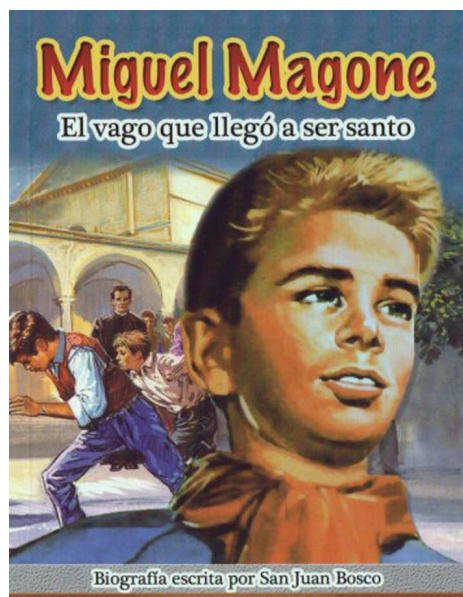


Apuntes biográficos del joven **MIGUEL MAGONE**, alumno del Oratorio de San Francisco de Sales, (19 de septiembre de 1845 – 21 de enero de 1859) por San Juan Bosco, presbítero. (Turín, 1880).

Queridos jóvenes:

Uno de los que entre vosotros esperaba con más ilusión la publicación de la vida de Domingo Savio fue Miguel Magone. Solía ingeniarse para obtener de unos y de otros las noticias particulares que se contaban de aquel modelo de virtud, y luego se ponía a imitarlo con todas sus fuerzas. Pero su verdadera ilusión era tener reunidas y escritas juntas las virtudes de quien había elegido por su modelo. Pues no había apenas podido leer unas cuantas páginas cuando el Señor, poniendo fin a su vida mortal, lo llamó también a él a gozar, como esperamos fundadamente, de la paz de los justos en unión del amigo a quien se propuso imitar.

La vida singular y, si queréis, un poco romántica de Magone despertó en vosotros el deseo de tenerla también impresa, por lo que me lo pedisteis repetidamente. Movido de vuestro ruego y del afecto que también yo nutría hacia el que fue nuestro común amigo, y persuadido asimismo de que un trabajillo de estas características, además de resultaros agradable, podría ser de provecho para vuestras almas, me decidí a daros cumplida satisfacción; habiendo tomado buena nota de cuanto ocurrió ante nuestros mismos ojos, os lo presento todo impreso ahora en este breve libro.



En la vida de Domingo Savio pudisteis observar cómo la virtud nació con él y cómo la cultivó hasta el heroísmo a lo largo de su vida.

En ésta de Magone, en cambio, nos vamos a encontrar con un jovencito que, abandonado y sin guía, corría riesgo de emprender el camino del vicio; pero que, en seguida que oyó el amoroso llamamiento del Señor, correspondió tan generosamente a la gracia divina que dejó maravillados a todos cuantos lo conocieron. Quedó en claro, una vez más, cuán prodigiosos son los efectos de la gracia de Dios en quien se esfuerza por corresponder.

En este libro vais a encontrar bastantes acciones que admirar y muchas que imitar, y, de paso, podréis someter a vuestra consideración determinados dichos y hechos, a todas luces superiores a un chico de catorce años. Pero, precisamente porque éstas son cosas nada comunes, me parecieron dignas de ser escritas. Todo el que me lea, por otra parte, puede estar seguro de la verdad de lo escrito, ya que mi trabajo no fue otro que el de ordenar y dar forma biográfica a lo ocurrido a la vista de

muchos testigos. En cualquier momento se podría interrogar a estas personas sobre lo que yo aquí expongo.

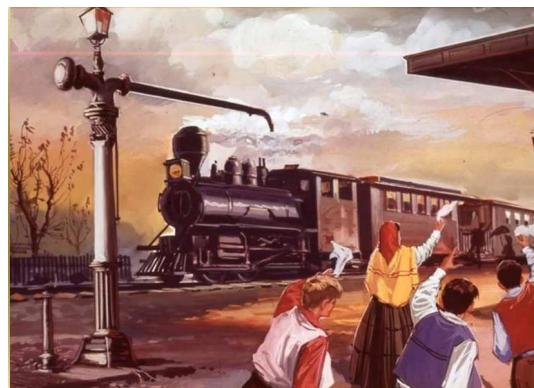
He añadido, en esta tercera edición, algunos hechos que me eran desconocidos cuando publiqué la primera y a cuyo conocimiento llegué después a través de fuentes seguras.

La Providencia, que alecciona al hombre llamando a su tribunal lo mismo a viejos caducos que a imberbes jóvenes, nos conceda el gran favor de encontrarnos debidamente preparados en aquel momento del que ha de depender nuestra eternidad feliz o desgraciada.

Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo nos ayude en la vida y en la muerte, y esté con nosotros a lo largo del camino que conduce al cielo. Así sea.

1. Un encuentro realmente interesante.

Regresaba yo una tarde de otoño de Sommariva del Bosco, y, para tomar el tren que tenía que conducirme a Turín, tuve que esperar más de una hora en la estación de Carmagnola. Eran las siete. Estaba nublado. Una



espesa niebla se resolvía en finísima lluvia. Contribuía todo de tal manera a aumentar la oscuridad, que a un paso de distancia no se podía distinguir a un ser viviente. La mortecina claridad que despedían las luces de la estación se sumía en la oscuridad poco más allá del andén. Sólo un grupo de muchachos llamaba poderosamente la atención: jugaban, gritaban, atronaban los oídos de los pasajeros que estábamos allí. Los gritos: '¡espera!, ¡agárralo!, ¡huye!, ¡persigue a aquél!, ¡coge a ése!' llegaban hasta nosotros perfectísimamente. Pero entre toda la gritería percibíase claramente una voz que se imponía a todas las demás. Era como la voz de un capitán, que todos repetían y todos obedecían tajantemente.

Me entró en seguida una enorme curiosidad por conocer a quien con tanto ardor y tanta pericia era capaz de dirigir el juego en medio de tan gran alboroto. Viendo que, en un momento dado, se habían reunido todos alrededor del que les hacía de jefe, aproveché la ocasión por los pelos y de un salto me coloqué en medio de ellos.

Todos huyeron espantados; todos menos él, que se quedó firme, dándome la cara. Avanza hacia mí, pone los brazos en jarras y me dice con aire de mandamás:

- ¿Quién es usted para atreverse a mezclarse en nuestros juegos?
- Soy un amigo tuyo.
- ¿Y qué es lo que pretende de nosotros?
- Pues, si no os sabe mal, que me dejéis jugar y divertirme contigo y con tus amigos.
- Pero ¿quién es usted? No tengo el gusto de conocerlo.

- Ya te lo he dicho: un amigo tuyo, que deseo entretenerme con vosotros. ¿Y tú quién eres?

- ¿Quién soy yo? Soy -añadió con voz sonora y firme- Miguel Magone, el general del juego.

Entre tanto, los otros mozalbetes, que de pánico habían salido de estampía, fueron volviendo uno tras otro y colocándose a nuestro alrededor. Después de dirigir la palabra brevemente a cada uno de ellos, me volví de nuevo a Magone y continué:

- Querido Magone, ¿cuántos años tienes?
- Trece.
- ¿Vas a confesarte alguna vez?
- Pues sí -respondió, riendo.
- ¿Has hecho ya la primera comunión?
- Sí que la hice.
- ¿Aprendes algún oficio?
- El de no hacer nada.
- Pero, con todo, alguna cosa estarás haciendo.
- Ir a la escuela.
- ¿A qué clase vas?
- A la tercera elemental.
- ¿Vive tu padre?
- No; murió.
- ¿Y tu madre?

- Sí, mi madre sí que vive. Trabaja para otros y hace lo imposible por darnos de comer a mí y a mis hermanos. Pero nosotros la traemos por la calle de la amargura.

- ¿Y qué piensas hacer más adelante?
- Algo tendré que hacer, pero aún no me ha pasado nada por la cabeza.

La franqueza con que se expresaba y el buen juicio que demostraba en sus palabras me hicieron ver el gran peligro que corría aquel muchacho si continuaba abandonado de aquel modo. Por otra parte, me daba cuenta de que si aquel brío y aquel carácter emprendedor eran sometidos a una buena educación, podían dar mucho de sí. En consecuencia, reemprendí el diálogo;

- Querido Magone, ¿no serías capaz de dejar esta vida de vago y ponerte a aprender un arte o un oficio, e incluso hacer estudios?

- ¡Claro que lo sería! -respondió conmovido-; esta condenada vida que llevo no me hace ninguna gracia. Algunos compañeros míos ya están en la cárcel, y me temo que lo mismo me va a pasar a mí; pero ¿qué quiere usted que haga?: mi padre murió, mi madre no tiene cuartos, ¿quién será el que me ayude?

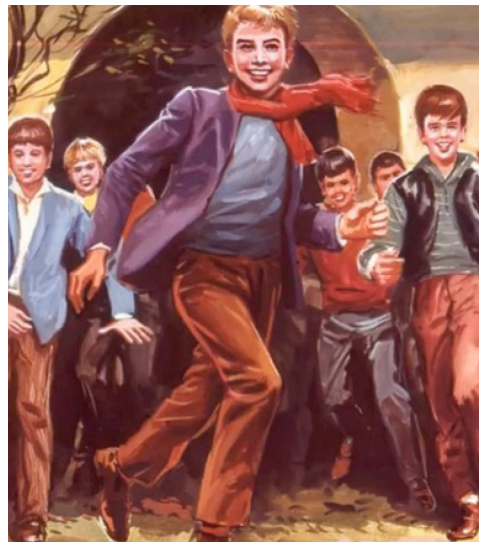
- Mira, esta misma noche dirígale una fervorosa oración a nuestro Padre que está en los cielos. Hazlo de corazón y espera. El pensará en mí, en ti y en todos.

En aquel momento la campana de la estación dio su último toque, y yo hube de marchar sin falta.

- Toma -le dije-, toma esta medalla y mañana preséntate al vicario de la parroquia, don Ariccio. Dile que el cura que te la regaló desea informes sobre tu conducta.

Tomó con respeto la medalla y volvió a preguntar:

- Pero ¿cómo se llama usted? ¿De dónde viene? ¿Le conoce a usted el señor vicario?



Estas y otras preguntas que el pobre Magone seguía haciendo, las dejé sin contestar. El tren partía y tuve que subir al coche que me devolvía a Turín.

2. Su vida anterior y su llegada al Oratorio de San Francisco de Sales.



El hecho mismo de no conocer en absoluto al cura que le había dirigido la palabra suscitó en Magone unas ganas locas de saber quién era.

Así que, no teniendo paciencia para aguardar hasta el día siguiente, marchó inmediatamente a ver al canónigo Ariccio, y le contó enardecido todo lo que le había pasado. El vicario se hizo cargo a la primera del asunto, y un día después, por carta, me hacía la crónica con sus pelos y señales de la vida y heroicidades de nuestro general.

«El joven Magone -escribía- es un pobre chico, huérfano de padre. La madre, por tener que dedicarse a ganar el pan de la familia, no puede cuidar de él, y el resultado es que se pasa todo el santo día por calles y

plazas entre golfos. Posee una inteligencia nada común, pero por enredón y distraído le han tenido que expulsar varias veces de clase. Con todo, la tercera elemental la ha aprobado bastante bien.

»En cuanto a moral, yo creo que se trata de un chico de buen corazón, y que sus costumbres son sencillas; pero es duro de domar. En la escuela y en el catecismo se convierte en el alborotador universal. Cuando él no está, todo es paz y tranquilidad; cuando él se marcha, nos hace a todos el gran favor.

»Su edad, su pobreza, sus buenas cualidades y, particularmente, su ingenio, le hacen digno de caritativa atención. Nació el 19 de septiembre de 1845.»

Con estos informes por delante, me determiné a recibirle entre los chicos de esta casa a fin de que pudiese estudiar o aprender un oficio. En cuanto recibió la carta de aceptación, le entró a nuestro candidato una impaciencia terrible por venir a Turín. Se imaginaba, por lo visto, que iba a encontrarse aquí las delicias del paraíso terrenal y que todos los tesoros de esta capital iban a ser suyos.

Apenas si habían pasado unos días y me lo veo aparecer.

– Bueno, aquí me tiene -dice; corriendo hacia mí.- Soy el Magone aquel con quien usted se topó en la estación de Carmagnola.

– Ya lo sabía. Y qué, ¿traes buenas intenciones?

– Creo que sí; por lo menos no me falta buena voluntad.

– Hombre, si vienes de verdad en buen plan, te agradeceré muchísimo que no me pongas en revolución toda la casa.

– Puede usted estar tranquilo; no pienso darle el menor disgusto. En el pasado, mi vida no ha sido lo que se dice ejemplar; mas en el futuro va a ser otra cosa. Dos compañeros míos ya están en chirona, y yo...

– No te desanimes y dime si prefieres hacer estudios o aprender un oficio.

– Haré lo que usted diga, pero, puestos a elegir, prefiero estudiar.

– Pues en el caso de que te ponga a estudiar, ¿qué harías al terminar?

– Si un pillo como yo... -e inclinó la cabeza y se puso a reír.

– Bueno, termina la frase. Si un pillo como tú... ¿qué?

– Si un pillo como yo cambiase tanto que pudiese llegar a ser cura, de muy buena gana me haría.

– Ya veremos qué es lo que puede salir de un trasto como tú. De momento, pues, te pondré a estudiar. Y en cuanto a eso de ser cura u otra cosa, dependerá de ti, de tu provecho en los estudios y de tu comportamiento, y de si das o no señales de ser llamado al estado eclesiástico.

– Si es cuestión de voluntad, le aseguro que no estará descontento de mí.



Como primera medida, se le asignó un compañero que le hiciera de ángel custodio. Es costumbre en esta casa, cuando entra algún joven de moralidad sospechosa o no bien conocida, confiarlo a los cuidados de un alumno antiguo y seguro. Este lo vigila e incluso lo corrige si se hace necesario. La tutela dura mientras el nuevo no está en condiciones de reunirse con los demás compañeros sin peligro alguno. Sin darse cuenta Magone, de la manera más natural y caritativa, aquel compañero no le perdía nunca de vista, estaba a su lado en la clase, en el estudio, en el recreo; bromeaba con él, jugaba con él. Pero a cada momento le tenía que estar diciendo:

– ¡Bah, Magone, déjate de esas conversaciones! ¡No digas esas palabrotas! ¡No sueltes cada dos por tres el nombre de Dios!

Él, aunque frecuentemente se le subía la sangre a la cabeza, acababa por decir:

– ¡Tienes razón! Has hecho bien en avisarme; eres un buen chico. Si te hubiera conocido antes no hubiese contraído esa pésima costumbre que ahora me cuesta tanto vencer.

Durante los primeros días, para él no existía otra cosa en el mundo que el juego. Cantar, gritar, correr, saltar, alborotar era lo único que satisfacía su índole fogosa y viva. Y cuando su compañero le decía: «Magone, que han tocado al estudio, a la clase, a la iglesia», o cosas parecidas, el pobre chico dirigía una última mirada resignada a las pelotas y a los campos de juego y, sin mayor resistencia, iba a donde el deber lo llamaba.

Era, en cambio, todo un espectáculo contemplarlo cuando la campana ponía fin a una ocupación a la que seguía recreo. ¡Ni que saliera de la boca de un cañón! En un santiamén pisaba todos los rincones del patio. Los juegos que suponían destreza corporal le encantaban. Le apasionaba sobre todo el juego que nosotros llamamos barra rota, y llegó en él a hacerse el amo.

De esta suerte encontró que, mezclando los deberes escolares con recreos, la nueva vida que acababa de estrenar no estaba mal del todo.

3. Dificultades y reforma moral.

Llevaba cosa de un mes nuestro Miguel en el Oratorio, y todo le servía para pasarlo bien. Con tal de tener un campo en que saltar a su gusto, ya era feliz. Y no reflexionaba en que la verdadera alegría procede del corazón, de una conciencia en paz.

Cuando he aquí que, sin más, comenzó a perder aquella su ilusión por el deporte. Se le notaba un tanto pensativo. Si jugaba era porque le invitaban. El compañero que le hacía de ángel custodio se dio cuenta del cambio, y aprovechó la primera ocasión:

– Oye, Magone -le dijo-, veo de unos días a esta parte que no estás tan alegre como otras veces. ¿Te encuentras enfermo?

– De ninguna manera. Me siento estupendamente.

– Entonces, ¿de dónde te viene esta tristeza?

– De ver cómo mis compañeros toman parte en las prácticas de piedad. El verlos rezar y acercarse alegres a la confesión y comunión me produce continua tristeza.

– ¡Pues, chico, yo no comprendo cómo la devoción de los otros tenga que producirte tristeza a ti!

– Y, sin embargo, la razón es bien sencilla. Resulta que mis compañeros, que ya son buenos, al practicar la religión se hacen mejores todavía; mientras que yo, por ser un mal bicho, no puedo tomar parte; el resultado es que todo esto me produce gran remordimiento e inquietud.

– ¡Pues sí...! Razonas como un verdadero crío. Si lo que te fastidia es la felicidad de tus compañeros, ¿quién te impide seguir su ejemplo? Y si lo que tienes ahí dentro son remordimientos de conciencia, ¡sacúdetelos de encima!

...Sí, sacúdetelos..., sacúdetelos... ¡Qué pronto se dice! Si tú estuvieras en mi pellejo, veríamos qué harías... -y al llegar a este punto, profundamente alterado, movió la cabeza en señal de rabia y huyó a la sacristía.

El amigo le siguió y, cuando lo tuvo al alcance, continuó:

– ¿Por qué me huyes, Magone? Cuéntame tu pena. Quizás esté en condiciones de sugerirte algún remedio.

– Tienes razón. Pero es que estoy hecho un lío.



– Por grande que sea el lío ese, hay modo de desenredarlo.
– Pero ¿cómo puedo estar en paz si parece que tengo mil diablos en el cuerpo?

– Nada, hombre, no te apures. Arrímate a un confesionario y ábrele al confesor tu conciencia, que él sabe bien de qué pie cojeas. Eso es, ni más ni menos lo que hacemos todos cuando nos encontramos en apuros. Ahí tienes la explicación de por qué andamos tan contentos.

– No es mala solución, pero..., pero es que... -y rompió a llorar.

Pasaron algunos días y su melancolía se fue trocando en profunda tristeza. Hasta el mismo juego se le hacía insoportable. Ni una sonrisa en sus labios. Ocurría frecuentemente que, mientras sus compañeros se entregaban a los juegos en cuerpo y alma, él se escondía en un rincón y se sumía en sus pensamientos; a veces acababa llorando.

Yo estaba muy al tanto de todo. Un día, al fin, lo hice llamar y le dije:

– Mi querido Magone, desearía pedirte un favor, pero no me haría ninguna gracia que me dices calabaza.

– Diga, diga -respondió fogosamente-. ¡Lo que usted quiera!

– Pues lo que quiero de ti es que me dejes unos momentos ser dueño de tu corazón y que me expliques esa tristeza que últimamente te atormenta.

– Sí, ya tiene usted razón, pero..., pero es que estoy desesperado y no sé qué hacer.

Y al decir esto se puso a llorar a lágrima viva.

Dejé que se desahogase; luego, bromeando, añadí:

– ¡Pues vaya! ¿Con que eres tú aquel Magone, general en jefe de toda la banda de Carmagnola? ¡Pues menudo general! Ni siquiera eres capaz de decir con palabras lo que te apena el corazón.

– Ya quiero decirlo, pero es que no sé por dónde empezar.

– Di una sola palabra, y lo demás es asunto mío.

– ¡Tengo embrollada la conciencia!

– Ya es suficiente. Te entiendo perfectamente. Necesitaba que tú soltases esto para poder decirte yo lo demás. No entremos ahora en asuntos de conciencia. Únicamente te daré algunas normas para que puedas ir poniendo las cosas en su sitio. Mira: si tu conciencia está en regla por lo que toca al pasado, basta con que te prepares a confesar debidamente cuanto no haya ido bien desde la última confesión. Pero, si por temor o por la razón que sea dejaste de confesar algo, o si alguna de tus confesiones falló por no tener las condiciones debidas, entonces arranca de cuando te confesaste bien y echa fuera todo lo que te molesta.

– ¡Eso es lo difícil! ¿Cómo voy a acordarme de cuanto hice varios años atrás?

– Tiene fácil arreglo. Con que digas al confesor que algo ha de ser repasado de tu vida anterior, tomará él el hilo de tus cosas con sus dedos, irá tirando y no tendrás tú otra cosa que hacer más que decir sí o no, si muchas veces o pocas veces.

4. Hace su confesión y comienza a frecuentar los sacramentos.

Magone pasó todo aquel día preparando su examen de conciencia. Por la noche no quiso ir a la cama sin antes confesarse; tanto le urgía ajustar las cuentas de su alma.

– El Señor -decía- está bien claro que me ha aguardado mucho tiempo; no es tan seguro que me espere hasta mañana; por lo mismo, si puedo confesarme esta noche, no hay razón para diferirlo un día. Por otra parte, cuanto antes rompa con el demonio, mejor.

Hizo, pues, la confesión con mucha compunción. La hubo de interrumpir varias veces por causa de las lágrimas. Al terminar dijo al confesor, antes de alejarse:

– ¿Cree usted que se habrán perdonado mis pecados? Si esta noche me muriera, ¿me salvaría?

– Estate tranquilo -se le respondió-. El Señor te esperó hasta este momento porque quería darte tiempo de hacer una buena confesión. Puedes estar completamente seguro de que te perdonó todos tus pecados. Si, en sus adorables decretos, te llamase esta noche a la eternidad, te salvarías.



Profundamente conmovido, dijo que era inmensamente feliz. Rompió de nuevo a llorar y, finalmente, subió a descansar. Fue aquélla, para él, una noche agitada y llena de emociones. Más tarde expresaría a algunos de sus compañeros las ideas que durante aquellas horas ocuparon su mente.

«Es realmente difícil expresar los afectos que embargaron mi pobre corazón a lo largo de aquella noche inolvidable. Casi no pude descansar en toda ella. Si me quedaba durante algunos momentos adormecido, en seguida la imaginación me hacía ver un infierno abierto, repleto de demonios. Pero al instante me desembarazaba de esta tétrica visión pensando en que mis pecados habían sido perdonados; a continuación, me imaginaba ver una muchedumbre de ángeles que me mostraba el paraíso diciendo: ‘Ahí tienes el cielo que te espera si eres perseverante y cumples tus propósitos.’

»Llegado a lo que debía haber sido la mitad de mi descanso en el lecho, me sentí tan lleno de alegría, de emoción y de diversos afectos, que, para desfogarme, me levanté, me hincé de rodillas y repetí varias veces estas palabras: ‘¡Oh, qué desgraciados son los que pecan!; pero más aún los que permanecen en pecado. Estoy completamente seguro de que, si estos desdichados gustaran unos momentos siquiera el consuelo que sienten los que están en gracia de Dios, al punto irían todos a confesarse para aplacar a Dios y dar tregua a los remordimientos de su conciencia, y así gozar de la paz de corazón. ¡Pecado, pecado! ¡Qué verdugo eres de quienes te dejan entrar en su corazón! Dios mío, en lo que resta de vida no he de ofenderte más; al contrario, que te he de amar con toda mi alma y si tengo la desgracia de caer en cualquier falta, por pequeña que sea, iré inmediatamente a confesarme’».

Así expresaba nuestro Magone su pena de haber ofendido a Dios y de ese modo se comprometía a cumplir sus propósitos de serle siempre fiel.

En efecto, comenzó a frecuentar los sacramentos de la confesión y comunión; y aquellas mismas prácticas de piedad que hasta entonces le habían producido hastío, ahora las repetía una y otra vez con verdadero gozo. Es más, experimentaba tal gusto al confesarse, y se confesaba tan frecuentemente, que el confesor hubo de frenarlo para impedir que cayese en escrúpulos. Porque es ésta una enfermedad que muy fácilmente se declara en el corazón de los jóvenes cuando deciden entregarse del todo al Señor; los daños que causa son realmente graves, pues de ella se vale el demonio para conturbar la mente, intranquilizar el corazón y volver difícil la práctica de la religión.

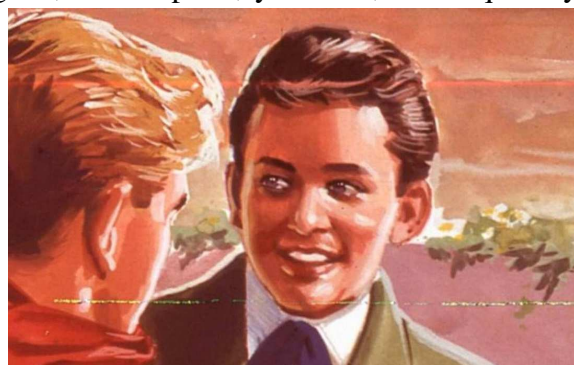
No es raro que vuelvan a vivir malamente quienes ya se habían adentrado mucho en el camino de la virtud.

El medio más sencillo de escapar de esa calamidad consiste en una obediencia sin límites al confesor. Si él nos dice que una cosa es mala, hemos de hacer lo imposible por no cometerla. Pero, en cambio, si nos asegura que en esto o aquello no hay nada de particular, entonces se ha de seguir su consejo y continuar sin miedo adelante, alegremente y con el corazón en paz. En resumen: que la obediencia al confesor es la manera más eficaz de escapar a los escrúpulos y de perseverar en la gracia de Dios.

5. Una palabra a la juventud.

Las inquietudes y angustias a que estuvo sujeto el joven Magone, de una parte, y de otra, la franqueza y decisión con que él acometió el arreglo de las cosas de su alma, me brinda una buena ocasión, amadísimos jóvenes, para ofrecer os unas cuantas reflexiones que estimo muy útiles para vuestras almas. Consideradlas como prueba de afecto de un amigo que desea ardientemente vuestra salvación eterna.

Lo primero de todo, haced cuanto podáis por no caer en pecado; pero, si por desgracia caéis, de ninguna de las maneras os habéis de dejar seducir por el demonio para callarlo en confesión. Tened en cuenta que el confesor ha recibido de Dios poder para perdonaros cualquier clase y cualquier cantidad de pecados. Cuanto más grandes sean las culpas confesadas mayor será el gozo que el confesor experimentará en su corazón, pues él sabe que aún es mayor la misericordia divina en cuya virtud os ofrece el perdón y os aplica los méritos infinitos de la preciosa sangre de Cristo. Con la sangre de Cristo el confesor está en condiciones de lavar cualquier mancha de vuestra alma. Queridos jóvenes, no olvidéis que el confesor es un padre que desea ardientemente haceros el bien por todos los medios a su alcance y que busca ahorraros toda suerte de males. No tengáis miedo de perder su estima al confesarle faltas graves o de que vaya a contárselas a otros. Porque la



verdad es que por nada del mundo puede el confesor decir lo más mínimo de lo oído en confesión; así hubiera de perder la propia vida, no podría él, en absoluto, comunicar la más mínima noticia de lo que oyó al confesar. Es más: os puedo asegurar que tanto más crecerá su confianza en vosotros cuanto más sinceros seáis y más os fiéis de él, y, por otra parte, tanto mejor se encontrará en condiciones de ofrecer los consejos y avisos más convenientes para vuestras almas.

He querido deciros estas cosas para que en ningún caso os dejéis engañar por el demonio callando por vergüenza el pecado que sea en confesión. Os aseguro, queridos jóvenes, que la mano me tiembla ante la consideración del gran número de cristianos que se encaminan a la eterna condenación nada más que por haber callado o por no haber expuesto sinceramente en la confesión determinadas faltas. Si, por casualidad, alguno de vosotros, al revisar su vida pasada, se da cuenta de que ocultó voluntariamente algún pecado, o simplemente abriga dudas sobre la validez de alguna confesión, yo le diría: «Amigo mío, por amor a Jesucristo y a la preciosa sangre que derramó para salvarte, arregla, te lo suplico, tu conciencia, la primera vez que vayas a confesarte; todo eso que te inquieta) manifiéstalo como si estuvieses en punto de muerte. Y si no sabes por dónde empezar, dile, simplemente al confesor que hay algo en tu vida pasada que te intranquiliza. Con esto tendrá suficiente. Bastará con que tú, a continuación, colabores respondiendo a sus preguntas, y te aseguro que todo quedará en regla».



Presentaos con frecuencia a vuestro confesor; rezad por él; poned en práctica sus consejos. Y una vez hayáis elegido el confesor más a propósito, a vuestro juicio, para atender a las necesidades de vuestra alma, no lo cambiéis sino por verdadera necesidad. Mientras no os hagáis con un confesor fijo, en el que poner enteramente vuestra confianza, echaréis de menos un verdadero amigo para las cosas del alma. Contad también con las oraciones del confesor: él cada día tiene presentes a sus penitentes en la santa misa y ruega a Dios que les conceda la gracia de hacer buenas confesiones y la perseverancia en el bien. Pues vosotros, por vuestra parte, rezad también por él.

Sin embargo, sin escrúpulo alguno, podéis acudir a otro confesor si vosotros o él cambiáis de domicilio y cuando os resulte muy penoso acudir a él por estar enfermo o porque en determinada solemnidad es mucha la gente que aguarda para confesarse con él. Asimismo, si tuvieseis en la conciencia algo que no os atrevéis a decir al confesor ordinario, antes de cometer un sacrilegio, preferible es mil veces cambiar de confesor.

Y si fuere a parar este mi escrito a manos de quien la Providencia destinó a escuchar confesiones de jóvenes, querría pedirle humildemente me permitiese decirle, omitiendo otras cosas, lo siguiente:

1º. Habéis de acoger con amabilidad a toda suerte de penitentes, pero de manera particular a los jóvenes. Echadles una mano a la hora de exponer el estado de su conciencia; insistid en que vayan a confesarse frecuentemente. Es éste el mejor de los medios para mantenerles alejados del pecado. Poned en juego todos vuestros recursos para que pongan en práctica los avisos que les podáis dar, encaminados a que no vuelvan a caer. Corregidlos con bondad, y jamás les riñáis; como les riñáis, o no volverán a confesarse con vosotros, u os callarán aquello por lo que les reñís.

2º. En cuanto os hayáis ganado su confianza, averiguad con prudencia si las confesiones pasadas fueron buenas, pues autores célebres en moral y ascética y de larga experiencia, y especialmente una determinada persona de autoridad que tiene todas las garantías de estar en lo cierto, todos ellos, están de acuerdo en que, por lo general, las primeras confesiones de los jóvenes, si no son nulas, son al menos defectuosas, o por falta de instrucción, o por omisión voluntaria de algo que se había de confesar. Invítese al joven a que se haga perfecto cargo de su conciencia, sobre todo en lo tocante al espacio de tiempo que va de los siete a los diez o doce años. A esa edad se tiene ya conocimiento de la gravedad de ciertas cosas, mas no se les da importancia, o bien se ignora el modo de confesarlas. El confesor obre con mucha prudencia y con una gran delicadeza, pero no deje de hacer algunas preguntas en relación con la virtud de la modestia.

Quisiera hablar largamente de esta cuestión, pero lo dejo estar por no sentar cátedra de maestro en algo en que me considero pobre y humilde discípulo. Aquí dejo dichas esas pocas palabras, porque creo en el Señor que pueden resultar útiles para el bien de la juventud; en bien de ella he decidido emplear todo el tiempo que Dios tenga a bien concederme en este mundo. Pero volvamos a Magone.

6. Gran interés de Magone por las prácticas de piedad.

A la frecuencia de los sacramentos de la confesión y comunión, supo unir un gran espíritu de fe, una ejemplar solicitud y una edificante compostura en todos los actos de piedad. En los recreos siguió pareciendo

un caballo desbocado, de ahí que en la iglesia no encontrara de momento una postura que le satisficiera, pero poco a poco alcanzó tal recogimiento como para poderlo proponer de modelo a cualquier cristiano fervoroso. Se preparaba a fondo el examen de la confesión. A la hora de confesarse, dejaba que los demás pasasen delante de él y, todo recogido y sin impacientarse, esperaba el tiempo que fuese necesario para acercarse sin prisas al confesor. En alguna ocasión se pudo observar que aguantó hasta cuatro o cinco horas, recogido, inmóvil y de rodillas sobre el suelo, a la espera de poder confesarse. Un compañero, cierta vez, probó a imitarlo; pero al cabo de dos horas caía desfallecido: nunca más pretendería imitarlo en aquella penitencia. Dados sus pocos años, de no haber visto esto con mis propios ojos, me resultaría casi increíble. Escuchaba con gran contento cuanto se solía narrar acerca de Domingo Savio; de cuando en cuando se acercaba a los sacramentos de la confesión y comunión y trataba de imitarlo con todas sus fuerzas. Cuando llegó a esta nuestra casa, estar en la iglesia resultaba para él algo casi insoportable; empero, a los pocos meses, experimentaba gran gozo en las funciones religiosas, por largas que fuesen. «Lo que se hace en la iglesia -decía- se hace por Dios, y lo que por Dios se hace, nunca se pierde».



Se había dado cierto día la señal para entrar en la iglesia, y el compañero que estaba jugando con él le instaba a terminar la partida. El respondió:

– Continuaría si tú me pagases lo que me paga el Señor. Ante esta salida, calló el otro, y marcharon juntos a cumplir sus deberes religiosos.

En otra ocasión le preguntó otro compañero:

– ¿No te resultan pesadas las funciones de iglesia cuando se alargan mucho?

– ¡Ni que fueras un chiquillo! -respondió-. Te ocurre a ti ahora lo que a mí antes. ¡No te das cuenta de lo que realmente vale la pena! ¿No caes en que la iglesia es la casa del Señor? Tanta mayor esperanza tendremos después de estar con él en la iglesia triunfante del paraíso cuanto más permanezcamos ahora en su casa de este mundo. Si dicen que con el uso se adquiere derecho sobre las cosas temporales, ¿por qué no ha de ocurrir algo parecido en las cosas del espíritu? Por consiguiente: al permanecer en la casa temporal del Señor en este mundo, ya nos hacemos con el derecho de ir un día a estar con él en el cielo.

Tras la acostumbrada acción de gracias, después de la confesión y comunión y al acabar las funciones sagradas, solía quedarse ante los altares de Jesús sacramentado y de la Virgen para hacer alguna oración especial. Hasta tal punto se le veía atento, concentrado y bien compuesto, que parecía encontrarse completamente ajeno a las cosas del mundo exterior. A veces los compañeros, cuando salían de la iglesia, al pasar cerca, tropezaban con él y hasta, en algún caso, se enredaron en sus pies y lo pisotearon. Mas él, como si nada, continuaba adelante en sus rezos y en su meditación.

Tenía en mucha estima los objetos de devoción: las medallas, crucecitas y estampas eran muy veneradas por él. Si en un momento dado se daba cuenta de que estaban distribuyendo la comunión, o recitando alguna oración, o cantando un cántico sagrado, lo mismo dentro de la iglesia que fuera de ella, él inmediatamente interrumpía la partida de juego y acudía a intervenir en aquel canto y en aquel acto de piedad.



Le gustaba mucho cantar, y como tenía una voz muy timbrada y agradable, se entregó también al estudio de la música. No pasó mucho tiempo y ya había adquirido conocimientos suficientes para poder intervenir en funciones solemnes y públicas. Pero hacía constar, y lo dejó escrito, que prefería no haber despegado los labios ni haber pronunciado nunca una sola palabra a no ser a mayor gloria de Dios. «El caso es, decía, que esta mi bendita lengua no se portó en el pasado como debiera. ¡Ah, si en el futuro pudiese remediar el pasado!»

En un cuadernillo suyo, entre otros propósitos, se encontró éste: «¡Ah, Dios mío, que esta mi lengua se me quede seca en la boca antes que proferir una sola palabra que a Vos os desagrade!»

En el año 1858 tomaba parte en la novena de Navidad que se estaba celebrando en un monasterio de esta capital. Al salir, una tarde, ponderaban los compañeros lo bien que había actuado Magone en la parte que le había tocado cantar. Él, entristecido, se retiró aparte. Preguntado el porqué, se echó a llorar:

– He trabajado inútilmente, porque al sentir complacencia durante el canto perdí la mitad del mérito: y ahora vuestros elogios me acaban de quitar la otra mitad; total, que a mí no me queda otra cosa que la fatiga del esfuerzo.

7. Exactitud en el cumplimiento de sus deberes.

Su natural fogoso, su imaginación ardiente y un corazón extremadamente afectuoso le inclinaban a ser ligero y hasta, a primera vista, disipado. Pero, llegado el momento, sabía contenerse y ser dueño de sí mismo. El recreo, eso sí, ya se ha dicho, lo hacía a ciencia y conciencia. No había palmo del amplio patio de esta casa que a los pocos minutos no fuese alcanzado por los pies de Magone, ni cabía imaginar un juego en el que él no destacase; pero tan pronto sonaba la señal para el estudio, para la clase, para el descanso o para ir al comedor o a la iglesia, él dejaba lo que tenía entre manos y se apresuraba a cumplir con su deber. Era una auténtica maravilla observar cómo aquel muchacho que era el alma del juego y que a todos ponía en movimiento, como si llevase una máquina dentro, se las arreglaba para llegar, también el primero, adonde el deber lo llamaba.

En cuanto al cumplimiento de sus deberes de clase, creo oportuno traer aquí el ponderado juicio de su profesor de latín, don Juan Francesia:

«Con verdadero gusto -escribe- expondré aquí mi opinión sobre las virtudes de mi querido discípulo Magone. Le tuve a mi cargo todo el curso 1857-58 y parte del siguiente. Que yo recuerde, nada hubo de particular durante su primer curso de latín. Se portó bien en todo momento. Con su esfuerzo y aplicación durante las clases, hizo dos años en uno, así que, al final de este curso, mereció que lo admitiésemos al tercero. Esto sólo, ya demuestra su inteligencia nada común.

»No recuerdo haberle tenido que reprender nunca por mal comportamiento; al revés, que siempre estaba muy quieto en clase, a pesar de su vivacidad, de la que daba buenas pruebas durante los recreos. Además, me consta que, habiendo estrechado amistad con los mejores condiscípulos, se esmeraba en imitar sus ejemplos. Cuando empezamos el segundo año (1858-59), me encontré rodeado de una hermosa corona de jóvenes alegres, decididamente de acuerdo en no perder ni un minuto de tiempo, pues querían entregarse totalmente a los estudios. Pues bien, Miguel Magone era de los mejores. Por otra parte, me maravillé no poco del cambio radical que hizo entonces; en lo moral y en lo físico; y adoptó una no acostumbrada gravedad, que ponía cierta seriedad en su rostro y en su mirada, lo cual era una prueba de que en su interior se entregaba a graves reflexiones. Pienso que este cambio exterior se debía al decidido propósito que hizo de entregarse en cuerpo y alma a la piedad. El caso es que se le podría proponer como verdadero modelo de virtud.

»¡Aún me parece verte, mi malogrado discípulo, en aquella actitud recogida, en la que me escuchabas a mí, tu maestro, que no era sino un pobre discípulo de tu virtud! No parecía sino que se había despojado del viejo Adán. Al contemplarlo tan diligente en sus deberes y tan ajeno a las distracciones propias de su edad, se le hubiera podido aplicar aquel verso de Dante:

Sotto biondi capei canuta mente. ('Bajo rubios cabellos, mente madura')

»Recuerdo que en cierta ocasión, para ver hasta dónde alcanzaba la atención y aprovechamiento de mi querido discípulo, le invité a medir un dístico que acababa de dictar:

– Es que sé muy poco -respondió modestamente Miguel.

– Pues veamos cuánto es ese poco -le dije.

»¡Sí, poco...! ¡Lo hizo tan perfectamente que yo y sus asombrados compañeros no pudimos menos de tributarle un prolongado aplauso! Desde entonces el poco de Magone se convirtió en algo proverbial en la clase; con él significábamos de qué era capaz un alumno que se esforzaba en la atención y en el estudio». Hasta aquí el profesor.

En los demás deberes era también absolutamente ejemplar. Había el director de la casa insistido en que todo momento de tiempo es un tesoro. «Luego -iba repitiendo él- quien pierde un momento de tiempo, pierde un tesoro».

Dominado por esta idea, no dejaba pasar instante sin sacarle a sus fuerzas todo el rendimiento posible. Tengo a mi vista las notas de conducta y aplicación de todas y cada una de las semanas correspondientes al tiempo que



estuvo entre nosotros. Al principio, la conducta fue regularcilla; después buena, y en seguida casi óptima. No habían transcurrido tres meses, y ya era óptima; y lo seguiría siendo por todo el tiempo que vivió entre nosotros.

Por Pascua de aquel año (1858) practicó los ejercicios espirituales con gran edificación de sus compañeros y verdadero consuelo de su corazón. Pudo realizar lo que había sido de siempre un vivo deseo suyo: hacer una confesión general. Al acabar, formuló por escrito algunos propósitos con intención de obligarse de por vida,

Entre otras cosas, se proponía, nada menos, hacer voto de no perder un momento de tiempo. No le fue permitido.

– Al menos -dijo-, concédaseme prometerle al Señor que observaré siempre una conducta ejemplar.

– Concedido, siempre y cuando dicha promesa no tenga fuerza de voto -le respondió el director,

Fue por entonces cuando él mismo se hizo un cuadernillo para apuntar con tiempo el propósito que con toda decisión quería llevar a la práctica cada día de la semana.

«Con la ayuda de Dios -escribió- y la protección de la Virgen quiero comportarme: El domingo, muy bien; el lunes, muy bien; el martes, etc.»



Cada mañana, en consecuencia, su ocupación primera consistía en echar una ojeada al cuadernillo, y a lo largo del día leía y renovaba repetidamente la promesa de portarse bien. Y cuando, a su juicio, había cometido la más pequeña transgresión, la purgaba imponiéndose a sí mismo voluntarias penitencias, como renunciar a un rato de recreo, privarse de algo de comida, recitar alguna oración o cosa parecida.

Este cuadernillo lo encontraron después de su muerte sus compañeros, y quedaron profundamente edificados de las santas industrias a que acudía para avanzar en la virtud.

Era su propósito hacerlo todo a la perfección. Por lo mismo, en cuanto tocaba la campana para volver a las ocupaciones, él, inmediatamente, suspendía el juego; interrumpía la conversación truncando incluso la palabra; dejaba la pluma con el renglón a medio terminar y volaba presuroso adonde el deber le llamaba. Solía comentar:

– Admito que terminando lo que tengo entre manos no haría nada malo; pero no encuentro ninguna satisfacción en hacerlo; al revés, me desazono. Experimento particular placer en ir cumpliendo uno a uno mis deberes, según mis superiores y la voz de la campana me los señalan.

El cumplimiento perfecto de sus deberes no le impedía tener aquellos detalles de cortesía que la buena educación y la caridad aconsejan. De ahí que se prestara de mil amores a escribir las cartas de quien lo precisase, a limpiarle a otro los vestidos, ayudar a traer agua, hacer camas, barrer, servir a la mesa, prestar sus pelotas y objetos de juego a quien los necesitase, enseñar el catecismo y el canto, etc.; todas eran cosas que constituían para él un auténtico placer, por lo que se ofrecía para ello siempre que se presentaba la ocasión.

8. Devoción a la Santísima Virgen.

Es preciso decirlo: la devoción a la Santísima Virgen es el apoyo de todo cristiano; pero muy particularmente de los jóvenes; en nombre de ella, así lo dice el Espíritu Santo: ‘Si uno es pequeño, venga a mí.’

Nuestro Magone conoció esta importante verdad, y he aquí el modo providencial por el que se sintió invitado a ponerla en práctica.

Cierto día le regalaron una estampa de la Virgen, a cuyo pie se leía: ‘Venid, hijos míos, y escuchad. Yo os enseñaré el temor de Dios.’ Él comenzó a pensar seriamente sobre esta invitación; después escribió una carta a su director; en ella le decía que la Virgen le había hecho oír su voz, que le llamaba a hacerse bueno, y que ella misma quería señalarle el modo de temer a Dios, de amarlo y de servirlo.



Por lo tanto, empezó a fijarse a sí mismo unas florecillas, que después, sin falta, llevaba a la práctica en honor de la que él comenzó a honrar con los títulos de Madre celeste, divina Maestra, Pastora compasiva.

He aquí los rasgos principales de una devoción filial que él, cada vez con más fervor, practicaba en honor de María.

Cada domingo recibía la santa comunión por aquella alma del purgatorio que mayormente hubiese sentido devoción por la Virgen. Perdonaba de buena gana cualquier ofensa, en honor de María. El frío, el calor, la desgana, el cansancio, la sed, el sudor y cualesquiera otras incomodidades por el estilo, propias del tiempo y de las estaciones, él las convertía en flores y las ofrecía a Dios por manos de su tierna Madre celeste.

Antes de comenzar a estudiar o a escribir, en el dormitorio o en la clase, sacaba de un libro una estampa de la Virgen en que se podía leer: «Virgen Madre, ayúdame siempre en los estudios».

Veza por veza se encomendaba a ella antes de cualquier trabajo intelectual:

– Yo, cuando encuentro alguna dificultad en los estudios, acudo a mi divina Maestra, y ella siempre me la resuelve.

Un día, un compañero suyo le felicitaba por la buena nota de su ejercicio de clase,

– No me has de felicitar a mí -repuso-, sino a María, que me ayudó y me hizo conocer cosas que en la vida hubiera sabido yo por mi cuenta.

Para poder tener siempre a la vista algún objeto que, durante las ocupaciones ordinarias, le recordase el patrocinio de María, escribía donde le venía mejor: ‘Sede de la sabiduría, ruega por mí.’

Así que en sus libros, en las pastas de sus cuadernos, sobre el pupitre, sobre los bancos, en la silla y en cualquier sitio a propósito para escribir a pluma o a tiza, se leía: ‘Sede de la sabiduría, ruega por mí.’

En el mes de mayo de aquel año 1858 se propuso hacer cuanto estuviese a su alcance para honrar a la Virgen. El control que a lo largo de todo aquel mes mantuvo de sus ojos y lengua y de todos sus sentidos fue perfecto. Hasta llegó a proponerse renunciar a una parte del recreo, ayunar y pasar algún rato de la noche en oración; pero se le prohibió todo esto por no ser propio de su edad.

Cuando acababa el mes, se presentó al director y le dijo:

– Si a usted le parece bien, quisiera hacer algo muy hermoso en honor de la Madre de Dios. Sé que San Luis agradó mucho a la Virgen porque, de niño, le consagró su castidad. También yo querría ofrecerle este obsequio, y, por lo mismo, es mi deseo hacer voto de ser sacerdote y de observar perpetua castidad.

Le replicó el director que no tenía todavía edad para formular votos de tanta importancia.

– Bien -le interrumpió él-, y, sin embargo, siento un gran deseo de entregarme enteramente a María. Estoy seguro de que, si me consagro a ella, ella misma me ayudará a cumplir mis compromisos.

– Lo que tienes que hacer en vez del voto -le aconsejó el director- es limitarte a formular una simple promesa; abrazarías el estado eclesiástico en el caso de que, al final de tus estudios de latín, se vea claro que has sido llamado a él. Y en cuanto a la castidad, nada de voto; en su lugar, la promesa al Señor de ser en adelante muy exigente contigo mismo en acciones, palabras y hasta en los chistes más mínimos que puedan atentar contra esta virtud. Cada día invoca a la Virgen con alguna oración especial para que te ayude a mantener esta promesa. Le satisfizo esta propuesta y, con mucha ilusión, se comprometió a aprovechar cualquier ocasión para ponerla en práctica.

9. Su empeño y diligencia en conservar la virtud de la pureza.

Además de los consejos prácticos anteriores, había recibido algunos otros recuerdos, a los que dio mucha importancia y que él llamaba padres, custodios y hasta policías de la pureza.

Encontramos esos recuerdos en la carta con que respondió a un compañero suyo, a finales del mismo mes de mayo. Preguntaba el amigo por escrito que cómo se las arreglaba para conservar la reina de las virtudes, la pureza. El propio amigo me entregó la carta. Entresaco lo que sigue:

«Para darte cumplida respuesta, debiera hablar personalmente contigo y decirte de palabra cosas que no es conveniente poner por escrito. Me limitaré a exponerte aquí los más importantes avisos recibidos de mi director; con ellos me asegura que podré conservar la más hermosa de las virtudes.

»Un día me entregó un papel en que decía: ‘Lee y practica’. Lo abrí y decía: ‘Cinco consejos que San Felipe Neri daba a los jóvenes para conservar la virtud de la pureza: Huir de los malos compañeros. No alimentar con delicadeza el cuerpo. Fuga del ocio. Oración frecuente. Recibir a menudo los sacramentos, especialmente el de la confesión.’



»Esto que aquí aparece brevemente expuesto, el director, en otras ocasiones, me lo comentó ampliamente, y te ofrezco su pensamiento tal como se lo oí a él mismo:

»1°. Ponte con completa confianza bajo la protección de María. Confía en ella y espera en ella. No se sabe de nadie en el mundo que haya acudido confiadamente a ella y no haya sido escuchado. Ella constituirá tu baluarte durante los asaltos que sin duda ha de desencadenar contra ti el demonio.

»2°. Tan pronto te sientas tentado, ponte a hacer algo inmediatamente. El ocio y la modestia no pueden estar juntos. Lo que significa que, si evitas el ocio, de paso vencerás las tentaciones contra esta virtud.

»3°. Besa repetidamente la medalla o el crucifijo y haz la señal de la cruz con viva fe diciendo: 'Jesús, José y María, ayudadme a salvar el alma mía'. Estos tres nombres son de lo más terrible y formidable contra el demonio.

»4°. Si todavía continuase el peligro, acude a la Virgen y rézale la plegaria que la misma Iglesia nos propone: 'Santa María, Madre de Dios, ruega por mí, pecador'.

»5°. Además de no alimentar con excesiva delicadeza el cuerpo y de controlar los sentidos, especialmente el de la vista, abstente de toda clase de malas lecturas. Es más, si alguna lectura indiferente te resulta, a ti en particular, de peligro, interrúmpela al punto. En cambio, aplícate a la lectura de buenos libros; entre ellos, prefiere los que hablan de María y del Santísimo Sacramento.

»6°. Huye de los malos compañeros y busca a los buenos, que serán aquellos a quienes por su buena conducta alaban los superiores. Conversa de buena gana con esos últimos, juega con ellos y procura además imitarlos en el modo de hablar, en el cumplimiento de los deberes y, más en concreto, en las prácticas de piedad.

»7°. Confiesa y comulga con la mayor frecuencia que te permita el confesor, y, en cuanto sea compatible con tus ocupaciones, visita a menudo al Señor en la Eucaristía».

Estos son los siete consejos que Magone llamaba los siete policías de María, destinados a guardar la virtud de la pureza. Para sacar de ellos motivos particulares de fervor, los iba practicando, sucesivamente, uno por semana, añadiendo alguna cosa más en honor de María. Así, el primer consejo iba unido a la consideración del primer gozo de María en el cielo, y esto era para el domingo. El segundo consejo, al segundo gozo, para el lunes, y así sucesivamente. Terminada la semana, a la semana siguiente combinaba los siete consejos con los siete dolores de la Virgen, de modo que el domingo tocaba el primer consejo y el primer dolor, e igualmente en los restantes días.

Puede que alguno diga que semejantes prácticas resultan un tanto ñoñas, pero yo opino que, puesto que el esplendor de esta virtud de que venimos hablando se puede empañar y perder con cualquier soplo de tentación, por pequeño que sea, de igual manera, cualquier medio que contribuya a conservarlo se ha de tener en mucho aprecio. En este orden de cosas yo aconsejaría muy mucho tener cuidado en no proponer más que medios sencillos, que ni asusten ni fatiguen al fiel cristiano, sobre todo si se trata de jóvenes. Los ayunos, las oraciones largas y otras prácticas duras por el estilo, acaban por no cumplirse o se hacen de mal humor y de cualquier manera. Atengámonos a lo fácil, pero hecho bien y con perseverancia. Este, precisamente, fue el camino por donde Magone subió a un maravilloso grado de perfección.

10. Ingeniosos rasgos de caridad hacia el prójimo.

Al espíritu de viva fe, de fervor y de devoción a la Santísima Virgen María, juntaba Magone una inteligente y activa caridad hacia sus compañeros. Se daba cuenta de que, en el ejercicio de esta virtud, estriba el medio más eficaz para crecer en el amor de Dios; de ahí que, muy sabiamente, no desaprovechase ocasión de ponerla en práctica. En las partidas de juego tomaba parte con tanto entusiasmo, que ni él mismo sabía si se encontraba en el cielo o en la tierra; pero en cuanto veía a un compañero parado y con ganas de jugar, le cedía inmediatamente sus objetos de juego, y se iba, feliz, en busca de otro entretenimiento. Yo mismo observé en varias ocasiones cómo interrumpía el juego a canicas o a bochas para ofrecérselas a otros, o cómo descendía de los zancos para que montase un compañero al que él mismo ayudaba con las mejores maneras y entrenaba para que disfrutase sin el menor peligro.



¿Que uno andaba triste? Luego se le acercaba él, le tomaba la mano, le trataba con cariño y le contaba mil cosas. Cuando acertaba a dar con los motivos de la tristeza, se ponía a animarlo con buenas palabras y, si se terciaba, se metía a mediador entre el compañero y el superior, o quien fuese, para ver de arreglar el asunto.

Se sentía verdaderamente feliz cuando podía explicar una dificultad a cualquiera, servirle el agua, hacerle la cama, serle útil en algo.

Tenía un compañero que, en invierno, por sufrir de sabañones, no podía hacer recreo ni copiar sus trabajos, cosas ambas que el chico deseaba muy de veras. Pues Magone le escribía gustosamente los ejercicios y se los pasaba a limpio para que pudiese entregarlos al profesor. Además, le ayudaba a desvestirse y a ponerse en cama, y, para colmo, llegó a regalarle sus propios guantes, por ver si de esa manera, al menos, se defendía mejor del frío.



¿Se puede pedir más de un chico de sus años? Fogoso como era de temperamento, ocurría a veces que se dejaba llevar involuntariamente del genio; pero bastaba con decirle: «Bah, Magone, que ésa no es venganza de cristianos», para que enseguida se calmase y humillase, y fuera espontáneamente a pedir perdón al compañero y a decirle que no se escandalizara de su conducta. Y, si bien es cierto que durante los primeros meses en el Oratorio hubo de ser corregido por sus arranques de genio, también lo es que, a fuerza de voluntad, llegó a vencerse hasta convertirse en pacificador de sus propios compañeros. En efecto, tan pronto como surgía una pelea cualquiera, él, por más que fuese algo más pequeño de estatura, se interponía entre los que reñían y, de palabra o por la fuerza, trataba de calmarlos.

– ¡Un poco de cabeza, señores! -decía-. Tenemos que obrar por razón, no a lo bruto.

Añadía otras veces:

– Si en cuanto Dios se sintiese ofendido echase mano de la fuerza, ¿dónde estaríamos muchos de nosotros...? Luego, si Dios, que es omnipotente, usa de misericordia cuando es ofendido y perdona a quien le hiere, ¿por qué nosotros, miserables gusanos, no hemos de ser razonables y no hemos de tolerar un desaire y hasta un insulto sin pensar en vengarnos inmediatamente?

A otros decía:

– Si somos todos hijos de Dios, todos somos hermanos. Por lo mismo, vengarse del prójimo es dejar de ser hijo de Dios y hacerse, por el odio, hermano de Satanás.

Enseñaba muy a gusto el catecismo. Se ofrecía con la mejor voluntad para atender a los enfermos, e insistía en pasar las noches junto a su lecho cuando necesitaban a alguien. Un compañero, conmovido por los cuidados que repetidamente le había prodigado, le dijo:

– ¿Qué puedo hacer por ti, querido Magone, para pagarte las muchas molestias que te has tomado por mí?

– Algo muy sencillo -respondió-. Ofrece una sola vez tus sufrimientos al Señor en penitencia de mis pecados.

Otro compañero, por distraído, había dado más de un disgusto a los superiores. Pues se lo encomendaron encarecidamente a Magone: a ver si él lograba algún cambio en su conducta. Miguel puso manos a la obra. Comienza por hacérselo amigo. Se pone de su parte en los juegos, le hace regalos, le manda recados por escrito; de este modo, sin mentar para nada las cosas de religión, consigue intimar con él.

Aprovechando la oportunidad que le brindaba la fiesta de San Miguel, Magone le dice:

– Dentro de tres días es la fiesta de mi patrono: tendrías que hacerme un regalo.

– ¡Claro que te lo haré! Lo que no me ha hecho ninguna gracia es que me lo hayas recordado tú, pues intentaba darte una sorpresa.

– Me he adelantado yo porque querría que el regalo fuera de mi gusto.

– ¡Bueno, tú mismo! Haré lo que sea por complacerte.

– Así que, ¿estás decidido?

– Pues sí.

– ¿Aunque te cueste algún sacrificio?

– Aunque me cueste. Te doy mi palabra.



– Pues me gustaría que el día de San Miguel me regalases una buena confesión; y, si te sientes preparado, una buena comunión también.

En fuerza de las repetidas promesas, el compañero no osó oponerse a aquel proyecto amistoso; se atuvo a lo prometido, y los tres días que quedaban para la fiesta los empleó en especiales ejercicios de devoción.

Magone se desvivía para llevar al compañero a prepararse para aquella fiesta espiritual. El día fijado, los dos juntos se acercaron a los sacramentos con gran satisfacción de los superiores y edificación de todos los compañeros.

Magone pasó todo aquel día en santa alegría con su amigo. Al atardecer le dijo:

– No ha estado mal la cosa. Yo he quedado realmente contento. ¡De verdad me has dado un alegrón! Y tú, ¿no has quedado satisfecho del día?

– Satisfechísimo, particularmente porque me he preparado muy bien. Te agradezco la invitación que me hiciste. Si aún tuvieses algún consejo que darme, encantado te lo aceptaré.

– Pues sí que lo tengo; porque solamente ha pasado la mitad de la fiesta. Aún falta la otra mitad, y me gustaría que tu regalo fuese entero. Querido amigo, de un tiempo a esta parte tu conducta no es la que debiera. Tu modo de entender la vida de colegio no convence a los superiores y, en cambio, aflige a tus padres y resulta un engaño para ti mismo. A ti, en efecto, te quita la paz del corazón y, para colmo, al final de todo, habrás de responder a Dios del tiempo que pierdes. En adelante, pues, déjate de hacer el vago; lo que no quita que puedas entregarte a la alegría con tal que no descuides tus obligaciones de estudiante.

El compañero, sólo vencido a medias hasta entonces, quedó suyo por completo, se convirtió en amigo fiel de Magone, se dio a imitarlo en el cumplimiento de los deberes y, ahora, tanto por su aplicación como por su conducta, constituye un auténtico consuelo para cuantos le tratan.

He querido referir este hecho con todas sus circunstancias para que resplandezca en su verdadera intensidad la caridad de Magone, y también porque quise que constara íntegra la relación que me hizo el compañero en cuestión.

11. Pintorescas ocurrencias de Magone.

Todo lo relatado hasta aquí son cosas sencillas y fáciles de imitar. Añadiré a continuación unos cuantos hechos y dichos interesantes; dignos, por su amenidad y gracia, más bien de admiración que de imitación. No obstante, que sirvan, de paso, para poner una vez más de relieve la bondad de corazón y la valentía apostólica de nuestro simpático joven.

Entre otros muchos, he aquí algunos de los que yo mismo fui testigo. Estaba, en cierta ocasión, en plena charla con sus compañeros, cuando algunos de ellos hicieron derivar la conversación hacia temas que un chico bien educado y cristiano no puede tocar. Magone escuchó unas cuantas palabras y, sin más, se llevó los dedos a la boca y produjo un tal silbido, que hizo retremblar la caja craneal de todos los que estaban allí.

– ¿Pero qué haces? -le dijo uno-. ¿Es que estás loco? La contestación de Magone fue dar otro silbido más fuerte.

– ¿Dónde tienes la educación? -respingó el otro-. ¿Es éste modo de tratar a nadie?

Magone entonces contestó:

– Si vosotros hacéis el loco hablando mal, ¿no lo puedo hacer yo para impedir vuestras malas conversaciones? Si os saltáis las normas de urbanidad tratando de estas cosas, ¿no voy a poder saltármelas yo para evitarlo?

«Aquellas palabras -confiesa uno de aquellos compañeros- hicieron en nosotros el efecto de un buen sermón. Nos miramos unos a otros, y nadie pudo seguir hablando. Se trataba de murmuraciones. En adelante, si veíamos a Magone entre nosotros, nos guardábamos muy bien de soltar ciertas expresiones; no fuera a ponernos en conmoción nuestros cerebros con uno de sus temibles silbidos».

Acompañando en cierta ocasión por la ciudad a su superior, llegó a la plaza del Castillo, donde oyó blasfemar a un golfo que pronunciaba indignamente el santo nombre de Dios. Aquellas palabras le sacaron de quicio. Sin pensar para nada en el lugar ni en el peligro, se acerca en dos saltos al blasfemo y le propina dos sonoras bofetadas, mientras le increpa:

– ¿Así se trata el nombre de Dios?



Pero el mozalbete, que era más grande que él, sin darse a reflexiones morales, azuzado por sus compañeros e irritado por lo que suponía aquella pública ofensa y por la sangre que le brotaba de las narices, arremetió furiosamente contra Magone. Allí hubo de todo: patadas, puñetazos, bofetones..., y en tanta abundancia que a ninguno de los dos le quedaba tiempo de respiro. Afortunadamente, corrió el superior, que se interpuso entre ambos para poner paz, y aunque no fue nada fácil, consiguió finalmente establecerla a gusto de los dos. Cuando Magone fue dueño de sí, se percató de su imprudencia al tratar de corregir tan poco amablemente a aquel deslenguado. Se arrepintió de su arranque de genio y resolvió ser más cauto en adelante y contentarse, en estos casos, con amigables reconvenciones.

Otra vez, estaban sus camaradas haciendo comentarios sobre la eternidad del infierno cuando se le ocurrió decir a uno de ellos en plan de chanza:

– Bueno, nada de ir allí, naturalmente; pero si vamos, ¡paciencia!

Miguel, como si nada hubiera oído, se alejó del corro y se fue corriendo a buscar una cerilla. Volvió, la encendió y, comoquiera que el compañero que había pronunciado la frase tenía las manos a la espalda, ni corto ni perezoso le aplicó la llama a un dedo.

– Pero ¿qué haces, bruto? -gritó en seguida el interesado-. ¿Pero estás loco?

– Nada de loco -comentó él-; sólo quería ver hasta dónde alcanza tu heroica paciencia. Si tan capaz eres de soportar las penas del infierno por toda una eternidad, no veo por qué no puedas aguantar por un instante una cerilla.

Soltaron todos la carcajada, mientras comentaba el chamuscado en alta voz:

– Sí, chico, se debe estar bastante mal en el infierno. Otros compañeros quisieron, una mañana, llevárselo consigo e irse a confesar a otro lugar y con un confesor desconocido; alegaban para ello mil pretextos.

– No -les contestó-; sin permiso de los superiores no voy a ninguna parte. Además, que no soy ningún bandido. Los bandidos siempre están temblando de temor a que los reconozca la policía; de ahí que anden en lugares y entre personas desconocidos. Yo tengo mi confesor, y a él se lo cuento todo, lo gordo y lo pequeño, sin ningún miedo. Vuestro plan de ir a confesaros a otra parte demuestra o que las habéis hecho muy gordas o que tenéis en poco a vuestro confesor; en cualquier caso, no hacéis bien en escapar de casa sin permiso. Si lo que deseáis es cambiar de confesor, yo os aconsejo ir, como iría yo, a cualquiera de los sacerdotes que los sábados y días de fiesta vienen a escuchar confesiones de chicos en el Oratorio.

En todo el tiempo que anduvo entre nosotros, sólo una vez fue de vacaciones a su casa. Después, y a pesar de mi insistencia, no hubo manera de hacerle volver, por más que su madre y su familia, a los que amaba tiernamente, le estuvieran esperando. Cuando se le preguntaba el motivo, él, bromeando, esquivaba siempre la contestación.

Un día acabó por descubrir el secreto a un compañero suyo:

– Ya fui una vez -le dijo-, pero en adelante, como no me obliguen, no volveré más.

– ¿Y por qué razón? -inquirió el compañero.

– Porque allí continúan los peligros de siempre. Los lugares, las diversiones y los compañeros me arrastran a la vida de antaño, y a mí no me gusta.

– Es que se ha de ir con buena voluntad y se han de poner en práctica los avisos que dan los superiores antes de salir.

– La buena voluntad es una niebla que se desvanece entre las manos en cuanto me alejo del Oratorio. Los avisos me son útiles durante algunos días; después los amigos me los hacen olvidar.

– ¡Vaya! Según esa teoría tuya, nadie debiera ir a casa de vacaciones ni a ver a sus propios padres.

– Según mi teoría, que vaya, si quiere, de vacaciones quien se sienta en condiciones de vencer los peligros; yo, por mi parte, no tengo bastante suerte, y opino además que, si pudiésemos vernos por dentro unos a otros los compañeros, nos daríamos perfecta cuenta de que muchos parten con alas de ángel hacia sus casas y vuelven con cuernos de demonio.

Solía venir a visitar a Magone uno de sus amigos de otro tiempo. Magone andaba buscando el modo de ganarlo para el bien; pero aquél, amén de resistirse con otras excusas, un día le objetó que conocía a una persona nada practicante en cosas de religión y que, sin embargo, se la veía estupendamente de salud, bien



gorda y bien fuerte. Miguel lo tomó por la mano y se lo llevó al patio, donde el carretero descargaba materiales de construcción, y le habló así:

– ¿Ves ese mulo? Ahí lo tienes tan gordo y tan rollizo, y, que yo sepa, nunca se confesó ni fue a una iglesia. ¿Y te empeñas en ser un animal como ése, sin alma ni razón? Ya ves su destino: trabajar para el amo todos los días de su vida y, al final, acabar convertido en estiércol de sus campos.

El amigo calló, mortificado, y se guardó mucho en adelante de esgrimir este tipo de argumentos para eximirse de sus deberes religiosos.

Podría traer otras muchas anécdotas de esta clase, pero las omito. Basten las narradas para darse perfecta idea de la bondad de su corazón y de la enemiga que sentía contra el mal, hasta el punto de caer en excesos de celo por tratar de impedir la ofensa de Dios.

12. Vacaciones en Castelnuovo de Asti. Virtudes que practicó entonces.

Como quiera que nuestro Miguel iba a disgusto de vacaciones a su casa, decidí enviarlo a Murialdo, pequeña aldea perteneciente a Castelnuovo de Asti, para que se restableciese un tanto de sus fatigas del curso. Con alguna frecuencia suelen ir allá a disfrutar del campo aquellos chicos de este Oratorio que no tienen parientes o sitio a propósito para pasar las vacaciones de otoño.

Como premio y en atención a su buena conducta, decidí adelantar la salida y elegírmelo como compañero, junto con algunos otros. Durante el camino tuve ocasión de departir largamente con el simpático joven, y pude descubrir en él un grado de virtud para mi inesperado. Paso por alto las interesantes y en verdad edificantes conversaciones mantenidas con él en aquella ocasión. Me limito únicamente a exponer hechos que nos revelan nuevas virtudes de su alma; de modo particular, la virtud de la gratitud.

Nos cogió la lluvia por el camino, y llegamos a Chieri completamente empapados de agua. Fuimos a refugiarnos a casa del caballero Marcos Gonella, quien, por cierto, acostumbraba a acoger con gran bondad a nuestros jóvenes a la ida o vuelta de Castelnuovo.

En pocos momentos nos proporcionó ropa para cambiarnos, y a continuación improvisó toda una comida de gran señor a la que nosotros correspondimos con un apetito digno del caso.

Después de descansar un buen rato, reanudamos la marcha. Habíamos caminado un buen espacio cuando Magone comenzó a quedarse atrás. Un compañero que se le acercó por creerlo muy cansado, notó que hablaba en voz baja.

– Magone, tú estás cansado, ¿no es cierto? -le dijo-. Tus piernas acusan la fatiga del viaje.

– ¡De cansado, nada! Me atrevería a llegar hasta Milán.

– ¿Y qué andas murmurando? Pues se te oye hablar solo.

– Voy rezando el rosario a la Virgen por ese señor que nos ha tratado tan bien. Al no tener otra manera de recompensarlo, rezo al Señor y a la Virgen para que ellos derramen copiosamente sus bendiciones sobre su casa y les devuelvan cien veces lo hecho por nosotros.

Conviene hacer notar, de paso, que semejantes pruebas de gratitud las daba aun por los más pequeños favores; sobre todo para con sus bienhechores personales se mostraba particularmente sensible. Si no temiese fatigar al lector, traería algunas cartas y algunos papeles de los muchos que me escribió para exteriorizarme su gratitud por haberlo acogido en esta casa. Solamente apuntaré una cosa: había tomado por costumbre hacer a diario una visita y recitar además cada mañana un padrenuestro, avemaría y gloria por cuantos de un modo u otro le hubiesen hecho beneficios.

Muchas veces me estrechaba afectuosamente la mano y, mirándome con los ojos bañados en lágrimas, me decía:

– No sé cómo expresarle mi agradecimiento por la gran caridad que me hizo aceptándome en el Oratorio. Trataré de pagárselo con mi conducta ejemplar y rogándole a Dios que le bendiga a usted y todas sus empresas.

Mencionaba con ilusión a sus maestros y a todas aquellas personas que habían contribuido a que viniese al Oratorio, y también a cuantos de un modo u otro le seguían prestando ayuda. Lo hacía con gran respeto, sin avergonzarse nunca ni de su pobreza ni de su gratitud.

– Me duele -se le oyó decir más de una vez- no contar con medios para demostrar mi gratitud como quisiera; pero, eso sí, me doy perfecta cuenta de todo el bien que se me hace: no soy de los que se olvidan de sus bienhechores. Mientras viva pediré yo por los míos, para que el Señor los recompense con largueza.



Estos mismos sentimientos expresó en otra ocasión hacia el párroco de Castelnuovo de Asti cuando éste invitó a nuestros jóvenes a una agradable comida. Por la tarde me dijo:

– Si le parece, mañana ofreceré la Comunión por el señor cura, que nos ha proporcionado un día tan estupendo. No sólo se le permitió hacerlo a él, sino que se invitó a los demás a seguir su ejemplo; costumbre, por lo demás, seguida en nuestra casa en favor de los bienhechores.

Cuando las vacaciones de Murialdo, pude observar también otro rasgo de virtud digno, a mi juicio, de ser referido aquí.

Un día, nuestros jóvenes fueron a divertirse al bosque vecino: quién buscaba castañas; quiénes setas; otros nueces; algunos se dedicaban a amontonar hojas, etc. Era un modo agradable de pasar el tiempo. Estaban todos entregados a estas diversiones cuando Miguel se separó de ellos y, muy callandito, volvió a la casa parroquial. Uno, al verlo, le siguió, pensando que pudiese estar enfermo. Miguel, seguro de no ser notado, entra en la casa, evita el encuentro con cualquier otra persona y va derechamente a la iglesia. Su seguidor lo encontraría en ella solo, de rodillas ante el Santísimo Sacramento, en envidiable oración. Preguntado después sobre el motivo de aquella inesperada ausencia, contestó con franqueza:

– Tengo verdadero miedo de caer en pecado. De ahí mis visitas a Jesús Sacramentado para suplicarle ayuda y fortaleza con que perseverar en su santa gracia.

Por aquellos mismos días ocurrió también otro episodio que hace al caso. Una noche, cuando nuestros chicos se iban a dormir, oí que alguien lloraba. Me acerco con cuidado a la ventana y descubro a Miguel, en un ángulo de la era, mirando a la luna y llorando entre suspiros.

– ¿Qué te ocurre, Miguel? ¿Te sientes mal? -le digo.

Él, que creía estar solo, se turbó y no acertaba a responder. Pero, al insistir yo, contestó con estas precisas palabras:

– Lloro al observar cómo la luna aparece con inalterable regularidad después de tantos siglos para alumbrar en medio de las tinieblas de la noche, sin permitirse jamás una desobediencia al Creador; yo, en cambio, dotado de razón, que debiera haber sido exacto cumplidor de las leyes de Dios, le he desobedecido mil veces y le ofendí de mil maneras a pesar de mis pocos años.

Dicho esto, se puso a llorar de nuevo. Lo consolé lo mejor que pude, se calmó poco a poco y se fue a descansar.

Causa, ciertamente, admiración encontrar un juicio y un criterio de tanta altura en un muchacho de catorce años escasos; no obstante, ésa es la realidad. Podría aducir otros muchos hechos: todos ellos prueban la capacidad de Magone para formular reflexiones muy superiores a su edad y su facilidad para descubrir en todo la mano del Creador y la obligación de toda criatura de prestarle obediencia.

13. Su preparación a la muerte.

Después de las vacaciones de Castelnuovo de Asti, nuestro Miguel vivió unos tres meses. Era más bien pequeño de cuerpo, pero sano y robusto. De ingenio despierto y de buena inteligencia, hubiese podido seguir con éxito cualquier carrera. Era muy estudioso, y se le veía progresar a ojos vistas. Tocante a la piedad, llegó a tal grado que a sus años no había nada que quitar ni poner para poderlo convertir en modelo de la juventud. Nervioso, pero bueno y devoto, tenía en mucho aprecio los pequeños actos de devoción. Los hacía con alegría, con naturalidad y sin caer en escrúpulos. El resultado era que, por su piedad, su aplicación y su trato amable, todos le querían mucho. Y por su carácter vivo y su compañerismo se había convertido en el ídolo del juego.

¡Ojalá que un modelo así, de vida cristiana, hubiese permanecido en este mundo hasta la más avanzada vejez, porque, tanto en el estado sacerdotal, al que se sentía inclinado, como en el estado seglar, hubiese reportado grandes bienes a la religión y a la sociedad! Pero Dios tuvo otros planes y decidió tomar esta flor del jardín de la Iglesia militante para trasladarla a la Iglesia triunfante.

El propio Magone, sin sospechar la muerte que lo acechaba, se iba preparando con un estilo de vida cada vez más ejemplar.

La novena de la Inmaculada la celebró particularmente con gran fervor; conservamos escritos los propósitos a cumplir que se fijó para aquellos días. Son de este estilo:

«Yo, Miguel Magone, quiero hacer bien esta novena y me propongo:



»1°. Despegar mi corazón de todas las cosas del mundo para entregarlo a la Virgen.
»2°. Hacer una confesión general para tener mi conciencia tranquila a la hora de la muerte.
»3°. Dejar cada mañana el desayuno en penitencia de mis pecados o recitar los siete gozos de la Virgen para merecer su patrocinio durante mi agonía.

»4°. De acuerdo con el confesor, comulgar diariamente.

»5°. Narrar a mis compañeros todos los días un ejemplo en honor de la Virgen.

»6°. Pondré estos propósitos, escritos, al pie de la imagen de la Virgen, y, por el hecho de hacerlo, entenderé consagrarme todo a ella. En lo sucesivo es mi voluntad pertenecerle enteramente, hasta el último instante de mi existencia».

Todo ello se le permitió hacer, salvo la confesión general, pues la había hecho poco tiempo atrás. Y en vez de dejar el desayuno se le aconsejó que recitara diariamente una oración por las almas del purgatorio.

Realmente causó asombro la conducta de Magone durante los días de la novena. Era presa de una alegría extraordinaria. Andaba siempre atareado en contar ejemplos edificantes y en que otros se los contasen; y en reunir a cuantos compañeros podía para llevarlos a rezar ante el sagrario y ante el altar de la Virgen. Durante la novena iba regalando, con gran desprendimiento, frutas, caramelos, comestibles, folletos, estampas, medallas, crucifijos y otras cosas que le habían regalado a él. Los regalaba a ciertos compañeros un tanto disipados. Y lo hacía, bien para premiarles porque iban mejorando de conducta a lo largo de la novena, o para comprometerlos a que participasen en los ejercicios de piedad que les proponía.

Con parecido fervor celebró la novena y fiesta de Navidad.

– Quiero -decía al comenzar la novena- echar mano de todos los medios para hacer bien esta novena, y confío en que Dios use conmigo de su misericordia y en que el Niño-Dios también nazca en mi corazón con sus gracias.

El último día del año, el director de la casa estaba sugiriendo a todos los jóvenes que dieran gracias a Dios por los beneficios recibidos a lo largo del año a punto de terminar. Y los animaba a comprometerse a pasar el año que empezaba en gracia de Dios. «Porque -añadía- quizás para alguno de nosotros sea el último». Y mientras pronunciaba esta frase tenía puesta la mano sobre el más cercano de todos: Magone.

– Entendido -dijo éste lleno de estupor-. Se ve que me toca a mí hacer las maletas para la eternidad. De acuerdo. Las tendré preparadas.

Tales palabras excitaron la hilaridad de todos; pero los compañeros tomaron buena nota, y Magone se cuidó de recordar de cuando en cuando aquella extraña broma. A pesar de ello, su alegría y jovialidad no sufrieron en lo más mínimo, y siguió como si nada cumpliendo sus obligaciones con absoluta ejemplaridad.

Entretanto se acercaba el último día de su vida, y Dios quería dárselo a entender más claramente.

El 16 de enero, domingo, los jóvenes que componían la compañía del Santísimo, a la que pertenecía Magone, comenzaron su reunión como cualquier día festivo. Hechas las acostumbradas oraciones y la lectura prescrita, y dados los avisos del caso, uno de los asistentes tomó la bolsa de las florecillas (esto es, de las papeletas con las máximas que se proponían para ser practicadas en la semana siguiente), y fue ofreciéndolas a todos. Cada uno extrajo la que le cupo en suerte. Magone, a su vez, saca una y encuentra escritas en ella estas solemnes palabras: «En el juicio me encontraré a solas con Dios». Las lee y, profundamente impresionado, lo comunica a sus compañeros, diciendo:

– Es, pienso yo, un aviso de Dios; como una cita para que me vaya preparando.

Luego buscó al superior y le enseñó la papeleta ansiosamente, repitiendo que para él aquello era la llamada de Dios, que le citaba a comparecer ante él. El superior le exhortó a estar tranquilo y a prepararse no en virtud del contenido de la papeleta, sino en fuerza de las recomendaciones hechas por Cristo a todos en el Evangelio de estar siempre preparados.

– ¡Bien, sí; pero dígame cuánto he de vivir todavía!

– Viviremos todos hasta que Dios lo quiera.

– Mas yo, ¿viviré el año entero o no? -dijo nervioso y algo conmovido.



– ¡Calma, no te inquietes! Nuestra vida la tenemos en las manos del Señor, y él es un padre bueno. Él sabrá hasta cuándo convenga conservárnosla. Por otra parte, para salvarse, no es menester saber cuándo hemos de morir, sino estar preparados con buenas obras.

– Entonces -comentó tristemente-, si usted no quiere decírmelo, es señal de que está próximo mi fin.

– No creo que esté tan próximo -dijo el director-; pero, puestos en ese caso, ¿tanto miedo tienes de hacerle una visita a la Virgen en el cielo?

– Tiene usted razón.

Y recuperando su jovialidad de siempre, se fue a jugar.

El lunes, el martes y la mañana del miércoles se mostró constantemente de buen humor, sin delatar cambio alguno en su salud, desempeñando a la perfección sus deberes. Mas, después de la comida del miércoles, ya lo observé parado debajo del balcón, ocupado en ver cómo jugaban los otros, pero sin participar él. Aquello no había ocurrido nunca. Era señal clara de que no andaba bien de salud.

14. Su enfermedad y circunstancias que la acompañaron.

La tarde del miércoles, 19 de enero de 1859, yo mismo le pregunté si le pasaba algo. Me respondió que nada, que únicamente las lombrices, su enfermedad de siempre, le molestaban más de lo ordinario. Nos limitamos a darle de beber una medicina apropiada. Se fue a dormir y pasó tranquilo la noche.

A la mañana siguiente se levantó a la hora de todos; tomó parte en las prácticas de piedad e hizo con algunos más la Comunión por los agonizantes, según costumbre suya de todos los jueves. Mas al ir a tomar parte en los juegos, ya no pudo; se sentía muy cansado: las lombrices no le dejaban respirar.

Se le aplicaron algunas medicinas clásicas en este tipo de enfermedades y fue visitado por el médico. Al no encontrar ningún síntoma de enfermedad, el doctor ordenó continuar el mismo tratamiento. Su madre, que se encontraba en Turín, vino a verlo y manifestó que su hijo venía padeciendo desde niño del mismo mal, y que las medicinas aplicadas eran precisamente las que ella había empleado otras veces.

El viernes por la mañana intentó levantarse con la ilusión de hacer la comunión, según su costumbre, en honor de la pasión de nuestro Señor Jesucristo, para obtener una buena muerte. Mas no se le permitió, pues había empeorado. Como hubiese evacuado muchas lombrices, se le ordenó seguir con las mismas medicinas, añadiendo algún otro específico para facilitarle la respiración.

Hasta aquí ningún síntoma de peligro se había presentado. El peligro comenzó a aparecer hacia las dos de la tarde, cuando lo fui a visitar y reparé en que a la dificultad de respiración se había añadido la tos, y en que la expectoración se teñía de sangre. Preguntado cómo se encontraba, contestó no sentir otro mal que cierta opresión de estómago, producida por las lombrices del intestino. Pero yo me di perfecta cuenta de que la enfermedad cambiaba de rumbo y se agravaba peligrosamente. Por esto, y por no exponernos a errar en la administración de medicinas, llamamos inmediatamente al médico. Mientras llegaba, su madre, buena cristiana, le dijo:

– Miguel, mientras viene el médico, ¿no crees que podrías confesarte?

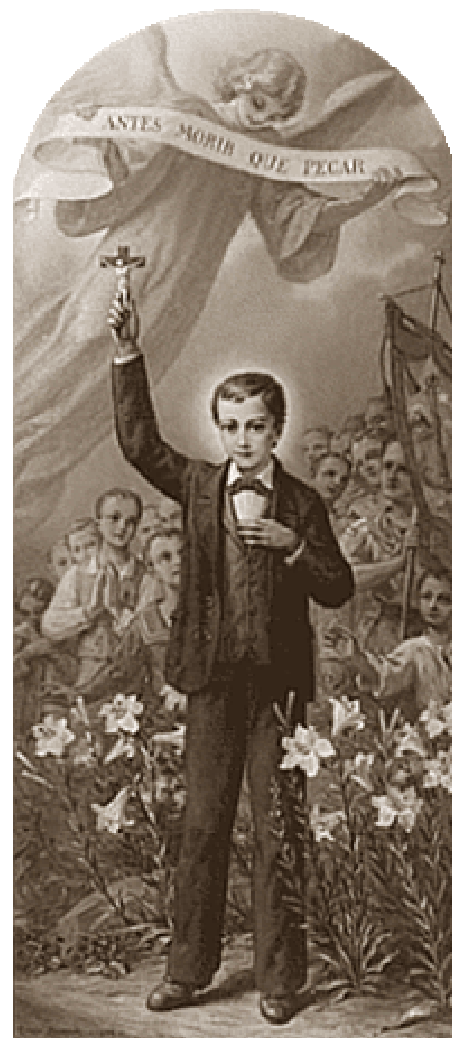
– Como quiera, mamá. Confesé ayer mismo por la mañana y comulgué; pero como veo que la enfermedad es grave, con gusto volveré a confesar.

Se preparó durante unos instantes e hizo su confesión, A continuación, con semblante sereno, me dijo, chanceando, en presencia de su madre:

– ¿No será esto, más que un ejercicio de la buena muerte, una preparación para la mía?

– ¿Qué prefieres -le interrumpí yo-: curar o irte al cielo?

– El Señor sabe lo que más me conviene. Que sea lo que él quiera.



– ¿Y si el Señor te diese a elegir entre sanar o ir al paraíso?,
 – ¿Quién es tan tonto para no elegir el paraíso?
 – ¿Deseas, pues, irte al cielo?
 – Sí, lo deseo. Con toda el alma. De un tiempo a esta parte se lo pido continuamente a Dios.
 – De depender de ti, ¿cuándo te irías?
 – Ahora mismo, si ésa fuese la voluntad de Dios.
 – Bien. Digamos todos: ‘En la vida y en la muerte, y siempre, hágase la santa y adorable voluntad de Dios’.
 Llegó en aquel preciso momento el médico y halló que, efectivamente, la enfermedad había cambiado de aspecto.

– Está mal la cosa -observó-. Se trata de un derrame de sangre en el estómago; no sé si lo podremos atajar.
 Se hizo cuanto la ciencia aconseja en tales casos: sangrías, bebidas especiales, de todo se echó mano en un esfuerzo por detener la sangre, que, peligrosamente, le dificultaba la respiración. Todo fue inútil.

A las nueve de aquella noche, 21 de enero de 1859, él mismo expresó deseos de recibir la comunión antes de morir.

– Con tanta mayor razón cuanto que esta mañana no pude hacerlo -dijo.

Estaba impaciente por recibir a aquel Jesús que de tiempo atrás venía acogiendo en su pecho con una frecuencia ejemplar.

En el momento de empezar el rito de la administración me dijo en presencia de todos:

– Recomiéndeme a las oraciones de mis compañeros. Que recen para que Jesucristo resulte de verdad para mí viático y compañero hacia la eternidad.

Recibida la sagrada hostia, dio gracias con uno de los asistentes.

Pasado un cuarto de hora, dejó de recitar las oraciones que se le sugerían y, al no pronunciar palabra, temimos le hubiera sobrevenido algún desfallecimiento repentino. Pero, a los pocos minutos, risueño y como en broma, nos hizo señal de que le escucháramos. Dijo:

– En la papeleta aquella del domingo pasado había una equivocación. Decía: ‘En el juicio estarás a solas con Dios’. No es cierto. No estaré solo. Estará también la Virgen conmigo, que me asistirá. No tengo ya ningún miedo. Que sea cuando quiera. La Madre de Dios me acompañará personalmente en el juicio.

15. Sus últimos momentos y su preciosa muerte.

Eran las diez de la noche, y la enfermedad se agravaba por momentos. En consecuencia, ante el temor de que muriese aquella misma noche, resolvimos que el sacerdote Zattini, un clérigo y un joven enfermero pasasen con él la primera mitad de la noche, y don Alasonatti, prefecto de la casa, otro clérigo y otro enfermero, la otra mitad, hasta que amaneciese. En cuanto a mí, no sospechando un peligro inmediato, dije al enfermo:

– Magone, trata de descansar un poco. Yo me voy a la habitación, pero volveré en seguida.

– No -me respondió-, no me deje.

– Sólo voy a rezar un poco el breviario y en seguida me tendrás a tu lado.

– Vuelva lo antes que pueda.

Dejé encargo al marchar de que me llamaran al menor peligro. Lo amaba entrañablemente y deseaba encontrarme a su lado en el momento de la muerte.

No había aún llegado a mi cuarto y me dicen que vuelva inmediatamente. El enfermo parecía entrar en agonía.

Efectivamente era así; el mal avanzaba inexorablemente. En vista de ello, don Agustín Zattini le administra la extremaunción.

El enfermo se hallaba en plena lucidez de mente. Intervino, respondiendo, en todas las partes del rito de administración de este sacramento. Es más, se empeñó en añadir por su cuenta algunas jaculatorias a cada unción. Recuerdo que, al ungirle la boca, dijo: «Dios mío, si hubieses extirpado esa lengua mía la primera vez que te ofendí, ¡qué afortunado me consideraría en este momento! ¡Cuántos pecados menos tendría! Dios mío, perdóname cuantas faltas cometí con la boca; me arrepiento de ellas con todo el corazón».

A la unción de las manos, añadió:

– ¡Cuántos puñetazos di a mis compañeros con estas mismas manos! Dios mío, perdóname estos pecados y ayuda a mis compañeros a ser mejores que yo.



Terminada la administración del sacramento, le dije si llamábamos a su madre, pues se había ido a descansar un poco a una habitación porque tampoco creía que la enfermedad fuese grave.

– No -respondió-, mejor es que no la llamen. ¡Pobre madre mía! Me quiere tanto que sufriría demasiado al verme morir, y eso me daría mucha pena. ¡Que el Señor la bendiga! Cuando me encuentre en el cielo he de rezar mucho por ella.

Se le exhortó a que se tranquilizase un poco y se preparara a recibir la bendición papal con indulgencia plenaria. A lo largo de su vida había mostrado un gran aprecio por todas las prácticas religiosas enriquecidas con indulgencias y había hecho todo lo que estaba en su mano por beneficiarse de ellas. De ahí que recibiera con verdadera ilusión la proposición de recibir la bendición papal.

Tomó parte en todas las oraciones que la acompañan, y él mismo quiso recitar el acto de dolor. Pronunciaba las palabras con tanta unción y penetrado de tan vivos sentimientos de fe, que todos los circundantes nos conmovimos hasta derramar lágrimas.

Luego, viéndole como con deseos de dormir, lo dejamos tranquilo; pero despertó a los pocos momentos. Estábamos asombrados del caso: el pulso indicaba que estaba a las puertas de la muerte, y, sin embargo, su aire sereno, su jovialidad y el perfecto estado de su razón eran de una persona en completa salud. Y no es que él no sintiese molestia alguna, pues la trabajosa respiración que se produce cuando se rompe una víscera ocasiona un sufrimiento general; lo que pasaba es que nuestro Miguel había pedido a Dios tener en esta vida el purgatorio debido a sus pecados para así poder ir a la gloria sin tropiezo alguno. Este pensamiento era lo que le hacía sufrir con alegría. Es más; el mismo mal, que normalmente debiera haberle producido angustia y sofoco, le causaba gozo y alegría.

En fin, que, por especial favor de nuestro Señor Jesucristo, no sólo parecía insensible al mal, sino que incluso experimentaba grandes consuelos en los mismos sufrimientos. Ni era preciso sugerirle pensamientos piadosos, porque él mismo, de cuando en cuando, se ponía a rezar jaculatorias.

Eran las once menos cuarto cuando, llamándome por mi nombre, me dijo:

– Llegó el momento. Ayúdeme.

– Estate tranquilo -le respondí-; no me apartaré de tu lado hasta que te vayas con el Señor a la gloria. Pero ya que hablas de irte de este mundo, ¿no quieres despedirte de tu madre?

– No, no quiero ocasionarle tanto dolor.

– ¿Y no me encargas nada para ella?

– Sí; dígame a mi madre que perdone todos los disgustos que le di a lo largo de mi vida, pues yo estoy arrepentido. Dígame que la quiero mucho, que siga adelante en su vida ejemplar. Que yo muero contento; que me voy de este mundo con el Señor y la Virgen y que la estaré esperando allá arriba en el paraíso.

Estas palabras hicieron saltar las lágrimas a todos los presentes. Yo, animándome, y para ocupar en santos pensamientos aquellos momentos preciosos, de cuando en cuando le hacía preguntas:

– ¿Quieres que diga algo a tus compañeros de tu parte?

– Que se esfuercen en hacer buenas confesiones.

– De cuanto hayas podido hacer en tu vida, ¿qué es lo que te produce en este momento más alegría?

– Lo que hice en honor de la Virgen. Sí, ésta es la mayor de las alegrías. ¡Oh María, qué felices son tus devotos en punto de muerte! Pero -continuó- una cosa me inquieta: cuando mi alma se separe del cuerpo y esté a punto de entrar en el cielo, ¿qué tengo que hacer? ¿A quién he de acudir?

– Si la Virgen ha resuelto acompañarte en el juicio, déjale hacer a ella. Pero, antes de que vayas al cielo, querría hacerte un encargo.

– Diga usted; haré lo imposible por darle gusto.



– Cuando estés en el paraíso y veas a la Virgen María, salúdala humilde y respetuosamente de mi parte y de parte de cuantos vivimos en esta casa. Ruégale que tenga a bien bendecirnos, que nos acoja a todos bajo su protección poderosa y haga de modo que ninguno de los que estamos aquí, o de los que la Providencia ha de mandar a esta casa, se condene.

– Con mucho gusto cumpliré este encargo. ¿Algo más?

– De momento nada más. Ahora descansa un poco.

Efectivamente, parecía dormir. Pero por más que conservase el uso de la palabra y se le viese tranquilo, su pulso señalaba una muerte próxima. En vista de ello, comenzamos a recitar el ‘Sal, alma cristiana.’ Estábamos a la mitad de la lectura y, como si despertara de un profundo sueño, me dice con el rostro sereno y la sonrisa en los labios:

– Dentro de unos momentos cumpliré su encargo. Lo haré muy bien, ya verá. Diga a mis compañeros que los espero en el cielo.

A continuación, estrechó entre sus manos el crucifijo, lo besó tres veces y pronunció sus últimas palabras: «Jesús, José y María, entrego en vuestras manos el alma mía».

Y, dibujando sus labios una sonrisa, expiró.

Aquella afortunada alma abandonaba este mundo para volar al cielo, como piadosamente esperamos, a las once de la noche del 21 de enero de 1859. Apenas si tenía catorce años.

No hubo propiamente agonía. Ni siquiera se le notó agitación alguna, pena o sofoco, o sufrimiento de los que suelen acompañar la terrible separación de alma y cuerpo. Yo no sabía cómo llamar la muerte de Magone, a no ser que dijera haber sido como un sueño de dicha que le transportó de los dolores de esta vida a la feliz eternidad.

Los presentes llorábamos más por emoción que por pena, pues, si a todos nos dolía su separación, todos envidiábamos su suerte.

Don Zattini, al que me referí más arriba, dejando que reboasen los afectos de su corazón, pronunció estas graves palabras:

– ¡Oh muerte! ¡Tú no eres castigo para las almas inocentes, sino la mano bienhechora que les abre las puertas de los goces imperecederos! ¡Ojalá pudiese yo estar en tu lugar, mi querido Magone! En este momento, tu alma habrá pasado ya el juicio de Dios y, llevada de la mano de María, estará llegando a la gloria inmensa del cielo. Querido Magone: ¡que seas eternamente feliz! Encomiéndanos a nosotros, pues que también nosotros, en prenda de amistad, elevaremos preces al Señor para asegurar aún más tu eterno descanso.

16. Exequias. Funeral de trigésima. Conclusión.

Muy temprano la madre de Miguel se acercó a la habitación de su hijo para enterarse de su estado. ¡Cuál no fue su dolor cuando se le dijo que había muerto! Aquella cristiana mujer se quedó un momento inmóvil, sin acertar a decir palabra ni a respirar. Por fin prorrumpió en estos lamentos:

– Gran Dios, tú eres Señor de todo... Querido Miguel, te ha tocado morir... Toda la vida lloraré en ti la pérdida de un hijo; mas le doy gracias a Dios porque te concedió morir en este lugar en medio de tantas atenciones y con una muerte tan preciosa a los ojos del Señor. Descansa en paz con Dios, reza por tu madre, que tanto te quiso en esta vida, y que ahora, que te cree en el cielo, te ama más todavía. Mientras viva no dejaré de pedir por el eterno descanso de tu alma, y día vendrá, así lo espero, en que también yo iré a reunirme contigo en la patria de los bienaventurados.

Dicho esto, rompió a llorar copiosamente, y se fue en seguida a la iglesia para buscar consuelo en la oración.

La pérdida de este compañero produjo una extraordinaria y dolorosa impresión en cuantos habían tenido la suerte de conocerlo. Pues, si de una parte era muy conocido por sus cualidades físicas y morales, de otra se le apreciaba y veneraba muchísimo, dadas las raras virtudes que adornaban su alma.

Se puede decir que, el día siguiente a la muerte, los compañeros lo emplearon enteramente en actos de devoción por el eterno descanso del amigo. Sólo encontraban consuelo en el rezo del rosario y del oficio de difuntos, y en la confesión y comunión. Todos lloraban en él al amigo, y cada uno buscaba alivio en este pensamiento: Magone, en estos momentos, ya estará con Domingo Savio en el cielo.

El impacto causado en los compañeros de clase y en su propio profesor, don Francesia, lo expresó éste con las siguientes palabras:



«Al día siguiente de la muerte de Magone, acudí a clase. Era sábado y tocaba trabajo de prueba. El puesto de Magone estaba allí, vacío, y me decía que había perdido un alumno, pero que, de seguro, había un ciudadano más en el cielo. Me sentí profundamente conmovido. Los alumnos, a su vez, se encontraban consternados, y, en medio del silencio de todos, no se me ocurrió decir más que estas palabras: Ha muerto.

»La clase entera rompió a llorar de golpe. Todos le querían. ¿Quién no iba a querer a un chico de tan hermosas virtudes? Después de muerto, se pudo ver la reputación que había alcanzado entre sus compañeros de muchacho piadoso. Todos se disputaban ahora las hojas de sus trabajos. Hasta un colega mío se sintió muy feliz de poder hacerse con un cuadernillo suyo, al que pegó una firma recortada de un ejercicio de examen del año anterior. Yo mismo también, movido por la perfección con que había ejercitado sus virtudes, no dudé de invocarle con confianza en mis necesidades; si he de decir la verdad, nunca me falló su intercesión.

»Acepta, tú que te comportaste como un verdadero ángel, el testimonio de mi más sentida gratitud, y ten a bien interceder por este tu maestro ante el trono del Señor. Deposita en mi corazón una centella siquiera de tu gran humildad.

»¡Querido Miguel, a quien tanto apreciábamos; sigue interesándote por tus compañeros, que, por cierto, fueron muchos y muy buenos; haz que todos nos podamos volver a abrazar en el paraíso!» Hasta aquí su maestro.

En prueba del gran afecto que todos le profesábamos, le hicimos un funeral, dentro de nuestra pobreza, lo más solemne posible.

Entre cirios encendidos, cánticos sagrados y marchas fúnebres de banda, acompañamos sus despojos mortales a la última morada; y, entre rezos por su eterno descanso, le dimos el último adiós. Nos queda la esperanza de volverlo a encontrar en una patria mejor.

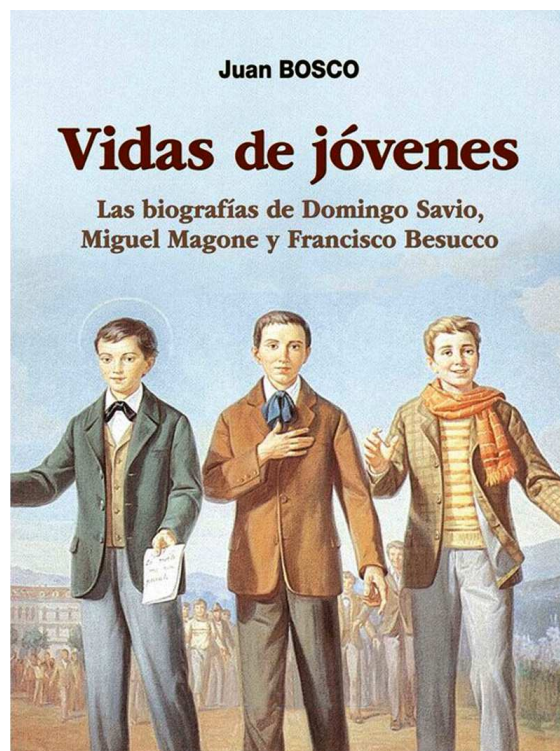
Al cabo de un mes celebramos el funeral de trigésima. El padre Zattini, célebre orador, tejió, en una oración fúnebre vibrante y patética, el elogio del joven Magone. Siento no poderla insertar entera, por razón de brevedad; me contentaré con copiar los últimos párrafos, que, por otra parte, van a constituir el remate de estos rasgos biográficos.

Después de haber expuesto, en forma oratoria, las virtudes principales que adornaban el alma de Magone, y haber invitado a sus entristecidos y apesadumbrados compañeros a no olvidarlo, es más, a recordarlo con frecuentes oraciones y a imitar su conducta ejemplar, dijo:

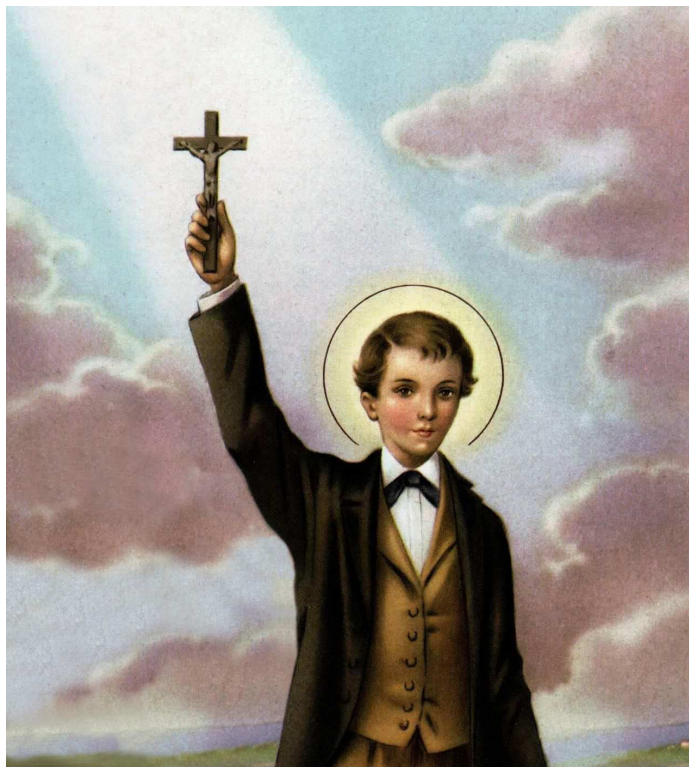
«Esos ejemplos durante su vida, y esas palabras en punto de muerte, es lo mejor que nos ha dejado nuestro común amigo, Miguel Magone, de Carmagnola.

»¡Ya no está entre nosotros! La muerte ha dejado vacío su sitio aquí, en la iglesia, a donde venía a rezar y donde él se sumergía en sabrosa oración y en una paz profunda. ¡Pues ya no está! Con su desaparición repentina, él nos prueba que no hay astro que no se apague, ni tesoro que no se disipe, ni alma que no sea llamada a cuentas. No hace sino treinta días que entregábamos a la tierra sus amados restos. Si me hubiera tocado estar presente, hubiese tomado, como se acostumbraba en el pueblo de Dios, unas cuantas hierbas de los bordes de la fosa y, echándolas al aire, hacia atrás, hubiera prorrumpido, como el hijo de Judá, con triste acento, en estas palabras: 'Florecerán como las hierbas de los campos'. ¡Que de tus huesos, querido Magone, broten otros jóvenes amables que resuciten tu recuerdo, que renueven tu ejemplo y que multipliquen tus virtudes!

»¡Adiós!, por última vez, ¡oh dulce, amable y fiel amigo nuestro, bueno y valeroso Miguel! ¡Adiós! Tú, que constituías una bella esperanza para esa mujer admirable, tu madre, que por ti derrama lágrimas, más por fuerza de su amor cristiano que por exigencias de carne y de sangre... Tú, que habías hecho forjarse ilusiones a tu padre adoptivo, que te acogió en el nombre del Dios providente y te atrajo a este dulce y bendito hogar, donde pudiste aprender tanto y tan pronto del amor a Dios y del ejercicio de la virtud... Tú, amigo de tus compañeros, respetuoso para con tus superiores, dócil con los maestros, benévolo con todos. Tú, que soñabas en el sacerdocio..., en el que quizás hubieras llegado a ser maestro y ejemplo de la celestial sabiduría... Tú, al partir, dejas en nuestro corazón un vacío... y una herida. Pero, si nos abandonaste o, más bien, la muerte te arrebató a nuestro afecto..., ¿no habrá sido porque necesitábamos lecciones de esta muerte? Sí, las



necesitábamos todos: los fervorosos, los distraídos y los descuidados; las necesitaban los negligentes y los dormidos, los perezosos y los débiles, los tibios y los frívolos.



»¡Ah! Te pedimos que nos des ahora una prueba de que te encuentras ya en la mansión de la gloria, en la patria bienaventurada de los vivos. Haznos saber, con tu intercesión, que te hallas en estos momentos junto a las fuentes, o mejor, junto al mar de la gracia, y que tu hermosa voz, mezclada a la de los coros angélicos, está alegrando los oídos de Dios.

»Alcánzanos celo, amor, caridad...; obténnos la gracia de ser buenos, castos, devotos, ejemplares..., de morir contentos y serenos, tranquilos y confiados en la misericordia de Dios. Obténnos que la muerte no nos moleste con sus tormentos, sino que nos respete como te respetó a ti. Ruega por nosotros en unión de aquellos otros jóvenes angelicales de esta casa que se te adelantaron en el seno de Dios; como son Camilo Gavia, Gabriel Fassio, Luis Rúa, Domingo Savio, Juan Massaglia y, juntamente con ellos, intercede sobre todo por el que es padre amado de esta casa. No te olvidaremos jamás. Te recordaremos perpetuamente en nuestras oraciones hasta que nos sea dado reunirnos contigo más allá de las estrellas.

»¡Bendito sea Dios, que te dio la existencia, te la conservó, y te la aumentó y te la quitó! ¡Bendito sea aquel que quita la vida y la devuelve!»

